



Javier Aranguren

MI NADIR

**36 DÍAS EN LA UCI CON EL
CORONAVIRUS**

Javier Aranguren

MI NADIR

**36 DÍAS EN LA UCI CON
CORONAVIRUS**

© Javier Aranguren
jarangurenechevarría69@gmail.com

*A Rafus, Carmen M., Sofía, Begoña y Carmen A., que
tomaron mi mano.*

A Lucía, que tanto bien me ha hecho.

Índice

1. Contexto	5
2. Caída	16
3. Cuatro vidas	23
4. Mi nadir	27
5. Los violentos	37
6. Las enfermeras sicilianas	39
7. La vida real	43
8. Entre el sueño y la vigilia	48
9. El despertar	63
10. Epílogo	71
11. Coda filosófico-teológica (de no obligada lectura)	75

1. Contexto

El 30 de noviembre de 2019 me sometí a una colonoscopia. No es una prueba fácil, en parte por la leyenda que la acompaña (que se alimenta del alarmismo que produce la imaginación), en realidad por lo incómoda que es su preparación, pues exige limpiar a fondo el intestino durante los dos días previos.

Me acerqué al hospital de la Seguridad Social donde se me convocaba. Habían tenido la deferencia, en plena campaña de prevención del cáncer de colón, de adelantármela dos meses sobre la fecha que me habían propuesto con anterioridad. En vez de a finales de enero, podría iniciar diciembre con un diagnóstico que explicara unas pequeñas molestias que no vienen al caso pero que llamaron poderosamente la atención de mi excelente médico de cabecera.

Una breve espera en una sala destartalada, donde me acompañaba mi amigo Gonzalo, pasar al vestuario, tumbarme en la camilla, un leve intento de conversación mientras me sedaban y -de pronto- me encontré abriendo los ojos en una habitación distinta, con la ropa en una bolsa junto a mis pies, rodeado de otros durmientes que habían vivido procesos idénticos.

-Cámbiese tras estas cortinas. El médico estará enseguida con usted para comentar el resultado de la prueba -me dijo el enfermero que supervisaba con gesto aburrido a los que íbamos despertando.

Le hice caso. Me llamó la doctora. Avisé a Gonzalo.

-Hemos visto que probablemente tiene usted un cáncer. Por eso hemos recogido muestras para hacer una biopsia. Se tarda unos días en conocer los resultados, pero lamento decirle que probablemente se trate de un tumor maligno.

-Bueno -respondí de inmediato, con ganas de cambiar el ambiente un poco de luto que reflejaba el tono nervioso de la médico y la cara de susto de Gonzalo-, parece que empieza una época emocionante en mi vida.

-Señor, ¡lo que le estoy diciendo es que puede tener un cáncer!

Pero no estaba yo para dramas. Así que le di las gracias, me quedé con los números de teléfono que me facilitó para conseguir el resultado del análisis de mi prueba y animé a Gonzalo a que me acompañara a romper mi ayuno de más de veinticuatro horas comiendo una hamburguesa doble, mala y chorreante de queso en un cercano *Burger King*.

Volvimos a casa. Soy numerario del Opus Dei y vivo en un centro -una residencia- junto a otras once personas. Una de ellas, Quique, hace cabeza en todo lo referido a la organización práctica del día a día, y tiene como principal encargo cuidarnos al resto. Me mandó enseguida un mensaje:

«¿Qué tal la colonoscopia?».

«Mal», respondí con economía de recursos.

A los tres minutos estábamos hablando y empezamos a plantear una estrategia. Debo decir que unos quince meses antes me había incorporado al seguro ACUNSA, de la Clínica Universidad de Navarra (mi universidad -li-

cenciatura, doctorado, primer trabajo, los grandes amigos-, mi *alma mater*): había llegado el momento de usarlo.

La colonoscopia fue un viernes. El lunes tuve la primera cita con mi oncóloga. Entre tanto, yo había comunicado la noticia a mis hermanos (nuestros padres fallecieron hace años), a mis jefes en la Universidad Francisco de Vitoria, a unos pocos amigos. Me acompañó Quique.

Me recibió la que desde entonces es mi médico: Lucía Ceniceros, una gallega joven, seria en su trabajo, concentrada (en su labor, en su tamaño), que me trataba de 'usted' y me llamaba 'Francisco', el nombre que utilizan los sanitarios y los que me cobran impuestos porque así lo determina mi DNI, a mí, que siempre he sido 'Javier' o, con menor frecuencia, 'Javi'. Con ella fui estableciendo una relación fantástica a lo largo de los meses, cuando fuimos abrazando el tuteo, los nombres de pila, la amistad, la transparencia... y la lucha en común contra esa enfermedad.

Lucía me contó cómo estábamos a la espera del análisis de las muestras; cuál sería el plan en el caso -probable- de que fuera cáncer; la necesidad de una operación para extirpar el cuerpo extraño; que allí siempre trabajaban en equipo y que mi caso entraría en discusión en la reunión del día siguiente; que estaba en buenas manos; que no me daría estadísticas porque en esa enfermedad - como en todas- cada uno es el 100% de su caso; etc.

Conocí también a la que sería mi enfermera, Carmen Molina, una chica de Jaén formada en Pamplona, que desde el primer instante me acogió con una sonrisa que

es como una casa grande en la que quedarse a vivir. Ella se encargaría desde entonces de hacer que todo me fuera fácil.

El jueves siguiente llegaron los resultados del análisis de la biopsia. Tumor maligno.

-El lunes, Francisco, empezamos -me previno mi doctora-. Serán cuatro o seis sesiones de quimioterapia. Les llamamos 'ciclos'. Parte se lo pondremos aquí por vía intravenosa, parte lo irá tomando en pastillas durante los siete días siguientes. Podemos programar los ciclos cada dos semanas, o cada tres, como usted prefiera.

-Cada dos -escogí yo, ignorando los niveles de intoxicación que me esperaban. Hacía mis cálculos, repensaba mi agenda de viajes y de clases pendientes, deseando recuperarla cuanto antes-. ¿Qué le parece empezar en dos meses, para así irme durante las Navidades a Kenia? He quedado en viajar con dos personas, tengo el billete de avión, nos espera un proyecto humanitario que puse en marcha allí, educación de niños y rescate a niños de la calle... No sé: ¿podríamos comenzar el tratamiento en torno al 20 de enero?

-¡No! -el asombro dibujado en el rostro de Lucía, en el de Carmen, supongo que convencidas de que ese cincuentón grande no acababa de enterarse de lo que es un cáncer.

-¿Podré seguir dando clase? El semestre empieza en enero y me acaban de ofrecer una asignatura.

-Puede intentarlo, pero es fundamental que evite todo lo que le pueda producir estrés, Francisco, de modo que le pido que por lo menos pida la baja durante el primer mes

Y así fueron cambiando (derrumbándose) mis planes.

Comenzó el tratamiento. Me parecía al principio llevadero, si bien las pastillas que durante siete días tomaba en casa (cuatro por la mañana, cuatro por la noche) iban haciendo mella y me llenaban de asco. Durante el segundo ciclo empecé a notar fatiga. Se lo comenté a Carmen como de pasada cuando, ya en enero, fui a por el tercero. Lo notaba especialmente al atarme los zapatos.

-¿Tanto he engordado? -le pregunté a Carmen, con una sonrisa-. De este efecto secundario no me habías dicho nada.

Ella, cejas en alto, parecía preocupada. Lucía, mi médico, también.

A los veinte minutos me habían hecho un *angiotac* con el que confirmaron lo que las dos sospechaban: se me había formado un trombo bilateral en los pulmones. Es decir, habían subido varios coágulos de sangre desde las venas más profundas de las piernas, y se quedaron atascados en las venas de los pulmones, dificultándome la respiración.

-Ingresas ahora mismo, Francisco.

-Bueno, iré primero a casa a por mis cosas, ¿no?

-No. Ya tiene habitación. Quiero tenerle controlado y en observación todo el fin de semana. Si todo va bien, el lunes le pondremos el tercer ciclo. Pero no se va a ir a casa. Que le traigan lo que quiera, pero usted se queda en la Clínica. ¿Queda claro?

Supongo que se entiende que sí, que quedaba claro. Igual que se entienden mis pocas esperanzas cuando

pocos días más tarde le escribía un correo electrónico para plantearle la posibilidad de aceptar una invitación a Mexico a dar varias conferencias en junio, y otra a San Petersburgo a finales de mayo (¡qué lejos quedaba el *coronavirus* en aquellos días de enero!), y que me dijera algo de cara a confirmar mi presencia e ir sacando los billetes.

-¡Francisco! ¡Va a acabar con mi paciencia! ¡No le voy a dar permiso para ningún viaje! Usted se va a dedicar a cuidarse de su cáncer, ¿de acuerdo? -aunque todas estas advertencias me las hacía con una sonrisa, incapaz de no reír con mi bisoñez, pues sin duda le divertía aquel activismo y mi deseo de relativizar el peso de la enfermedad.

La enfermedad: mi padre había fallecido a los 48 (dos años menos que yo en ese momento) de un cáncer de pulmón. Pasaron diez meses entre el diagnóstico y su ausencia. Los cinco hermanos hemos comentado lo mismo: 48 es una edad de referencia para todos nosotros, y cuando fuimos llegando a ella empezamos a experimentar que vivíamos como de prestado, pues ya teníamos más edad que nuestro padre. Supongo que nosotros, yo por lo menos, vemos con claridad que 48 años es demasiado pronto para morir.

A pesar de este antecedente, así como el de nuestra madre (que falleció con 60 de un cáncer de ovario, tras siete largos años de enfermedad, operaciones y tratamientos), creía haberme tomado mi tumor con una mezcla de respeto y serenidad. Respeto porque era un choque con la contingencia, la provisionalidad, lo breve de la existencia terrena. Mis 50 años de vida se me

aparecían como un instante, y yo me veía joven, lleno de proyectos, en un trabajo que me entusiasma, con trescientos niños y niñas en Kenia que dependen de *Karibu Sana*, el proyecto al que había dado forma durante mi estancia en ese país africano, con un montón de amigos y de gente a la que quiero muchísimo.

¿Un cáncer? Vale. ¿Morir? Todavía no lo contemplaba entre mis opciones. Así que me lo tomaba con serenidad: gracias a Dios lo habían encontrado a tiempo, sin presencia de metástasis, el tratamiento lo iba a disminuir de tamaño para facilitar la operación con la que extirparían ese cuerpo extraño y todo quedaría como un breve paréntesis.

-Un amigo mío, que es muy bestia, ha tenido lo mismo, y dice que es como una caries un poco pesada -me repitió varias veces mi hermano Gabriel.

Pero la enfermedad tuvo un efecto que yo no esperaba.

De natural, mi corazón es expansivo: no me cuesta querer, hacer en él hueco a más gente, ni preocuparme de pronto por alguien que apenas ha rozado mi vida, ni ser agradecido, ni tratar de estar atento a los demás. Esto es una ventaja cuando se trata de educar. De hecho, es la actitud que facilitó que me entregara a mi proyecto por los niños de Kenia.

Sin embargo, como todo en la vida, este modo de ser también tiene inconvenientes. «La vida es ingrata hasta en lo agradable de sí; pero transtrae la esperanza incluso de en medio de la yel de la desesperación. A lo que, este mundo está muy mezclado», y lo negro no se da en el otro lado que lo blanco, sino que se entreveran (cf. J.

Guimaraes Rosa, *Gran Sertón: Veredas*, p. 231). No solo «el corazón tiene razones que la razón no comprende» (B. Pascal), sino que conviene guardarlo con siete cerrojos porque de vez en cuando pierde el norte. Si no, puede pasar (y con frecuencia), que lo que comenzó como preocupación y cuidado del otro se estropee al tornarse en afán de control. El sentimiento sin razón (sin la luz de la inteligencia) desenfoca el cariño e impide querer al semejante, al amigo, como debe ser querido (según su propio ser, verdad y bien; es decir, benevolentemente). Pero resulta que querer mal (ora con afán de posesión, ora movido por el deseo, el miedo, los celos o la desconfianza) es lo mismo que no quererle. Y en realidad es también no quererse a uno mismo: porque se traiciona el propio ideal y porque el egoísmo (la *centralidad instintiva*, me gusta llamarlo en mis clases) es máximamente anti-*felicitar*io. El egoísmo, el miedo a *dejar ser*, siempre termina por hacer daño a todos.

Esta experiencia la había vivido en muchas ocasiones. Últimamente también. Y la enfermedad, la falta de certeza que la acompaña, la había agudizado. Por detallarlo, había tratado mal a una persona a la que quería (a la que quiero) y no supe pedirle perdón, como un idiota, «como el náufrago que ve la última ola antes de morir» (L. Rosales). Me encontraba bien triste, no sabía cómo reparar lo roto.

Pasaron las semanas. Terminó enero. El cuarto ciclo me resultó especialmente difícil: seguía de baja, me sentía muy intoxicado por los medicamentos (para curar había primero que dañar), me encontraba mareado y con pocos ánimos. Fue el día en que me metieron esta cuarta carga

cuando la doctora Ceniceros, Lucía, mi médico (que ya me llamaba Javier y me había retirado el 'usted') me anunció que *iríamos* a por las seis sesiones. Que en dos semanas la quinta, que el día de la sexta observarían los resultados, harían una reevaluación y -siempre en equipo- fijarían la fecha de la cirugía.

Yo, que pensaba que no podría resistir esas dos quimioterapias *extras*, pasé la quinta casi sin enterarme. Tras las pruebas que me hicieron justo antes de la sexta, me contaron que el tratamiento iba según lo esperado (ese cuerpo extraño y caótico fabricado por las células de mi propio cuerpo había reducido su tamaño más del 50%). Quedé con el cirujano en comenzar un régimen severo y en dar paseos más largos para preparar el cuerpo de cara a la operación. Esta quedó fijada el 25 de marzo.

Tenía algo más de veinte días de margen: si comía proteínas y caminaba al menos siete kilómetros diarios, llegaría *al dente* a la cita. Y si en verdad aquel iba a ser el final del proceso, ¿no cabría la posibilidad de realizar mis viajes?, ¿no sería capaz de volver al trabajo antes del verano?, ¿no entraría de nuevo en un ámbito donde yo controlaría mis metas y movimientos? Pensé que el final estaba tan al alcance de la mano que, incluso, confirmé mi presencia en un congreso que se celebraba ese mismo mes de marzo. en el que hablaría del significado de la valentía, replanteando un discurso al que vengo dando vueltas desde mi tesis doctoral.

El día de la sexta quimioterapia hablaba mi médico.

-Javier, el tratamiento funciona. Pero ahora tienes que tener un especial cuidado. Te encuentras en tu *nadir*. Es decir, estás en el punto más bajo de toda tu vida en defensas. Llevas mucho tratamiento encima y sé que te ha hecho daño. Pero también te ha hecho un gran bien. Yo estoy muy contenta con los resultados. Eso sí, cuídate de forma especial estas semanas por favor. Olvídate de viajes hasta que terminemos. ¡Ya verás qué pronto nos olvidamos de esta enfermedad!

Asentí. Todo iba bien. Bueno, casi todo: además del dolor por el dolor que había causado, de contexto de fondo comenzaban a sonar dos términos extraños, *coronavirus* y *Covid19*. Pero desde los estamentos oficiales les daba la importancia debida: algo de China, llegado a Italia, con casos contados en España donde había causado la muerte a tres o cuatro ancianos de más de noventa años. El Gobierno insistía en que no era un problema, que no pasaba nada, que una gripe suave, que no nos preocupáramos.

Y así, con ese ambiente generalizado de calma, continué asistiendo a Misa en alguna de las iglesias cercanas a mi casa, esas celebraciones de entre semana frecuentadas por personas mayores y sus cuidadores. Les uní los largos paseos por el Parque del Retiro para prepararme físicamente para la cirugía. También hice una visita al centro de Madrid, siempre atestado, para cambiar de aires, para hacer algunas compras, para divertirme inventando la historia de los personajes con los que me cruzaba. Y por fin llegó mi conferencia sobre la valentía, que me sirvió de excusa para saludar con calma a tantas personas a las que no veía desde el inicio de mi enfermedad.

Mi nadir

Y de repente, cuando no pasaba nada, cuando nada parecía importante, la tarde del día de mi conferencia apareció la fiebre. Y con ella, el núcleo de esta historia.

2. Caída

6 de marzo de 2020. Había llegado tarde a casa para comer. Acababa de dar mi conferencia sobre la valentía. Me encontré a gusto durante mi discurso, si bien tuve que abandonar la sala durante una de las otras intervenciones porque sentía una sed acuciante, el local era pequeño, la ventilación pobre y me ahogaba: ¿sería otro efecto 'novedoso' de mi quimioterapia? Me encontraba muy fatigado.

En cuanto terminé el almuerzo me excusé y fui a tumbarme sobre mi cama. El sueño de media tarde fue profundo. Pero no me había tapado y mientras dormía notaba que me estaba enfriando. Al despertar medí mi temperatura: treinta y ocho grados. Fui directamente a ver a Quique.

-Tengo fiebre. Me dijo Carmen Molina que si alguna vez llegaba a 38 fuera inmediatamente a Urgencias en la Clínica. Lo siento, tendrás que llevarme.

Eran las ocho de la tarde. Los dos sabíamos que una visita a Urgencias no nos dejaría volver antes de la media noche. Noté cómo Enrique superaba en un instante su pereza.

-Espera un momento en tu habitación. Acabo una cosa y salimos para allá en mi coche. ¿De acuerdo?

Llegamos a urgencias en CUN. Éramos quizá los únicos allí. Rápidamente me hicieron pasar de la sala de espera a una habitación que era mucho más que un *box*. Toma de sangre, espera, una placa, espera.

-Enrique, seguro que me quedo ingresado. ¿Por qué no te marchas?

Hacia las doce de la noche, cuando confirmaron mi sospecha, me dejó.

Tomas de temperatura y resultado de los análisis (el laboratorio trabaja las veinticuatro horas del día, algunos de tantos profesionales ocultos que abundan en los hospitales). A la 1'15 me subieron a planta. Me recibió una enfermera simpática como lo serían todas en adelante, y por fin pude ir a dormir.

Dos noches más: un fin de semana. Temperatura, picos de fiebre, veinticuatro horas seguidas sin pasar de treinta y siete grados. Hora de volver a casa. Me habían llamado la atención tres cosas. Primera, que a pesar de mi insistencia en que en la última noche la enfermera me puso el termómetro y di unas décimas y que ella no las había registrado en mi historia, no me hicieron caso. Segunda, que el sacerdote que me llevó la Comunión venía con mascarilla. «Son los tiempos que corren», me dijo con su rostro tapado y tono de preocupación, a la vez que me pedía que -por primera vez en mi vida- recibiera la comunión en la mano. Tercera: cuando subió a verme Lucía, mi oncóloga, lo hizo también tapada con una mascarilla, manteniendo una distancia notable respecto de mi cama: «Te pido mil perdones, Javier, pero las circunstancias me exigen no acercarme», o algo así me dijo.

Ahora lo pienso. Eso era el 9 de marzo, y mi médico – dedicada al cáncer, no a las pandemias– había visto venir la ola. ¿Cómo no iba el Gobierno a estar advertido ya el 8, el 7, el 2 de marzo? ¿Qué medidas habían tomado? ¿Por qué ese silencio desde los ámbitos oficiales? ¿Por qué nos habían abandonado? ¿Acaso para que yo escribiera estas páginas? ¿O para ponerme al borde de la muerte? ¿Para que murieran varios millares de personas que se perdieron por esa semana de retraso en los planes de control? ¿Valían eso las distintas manifestaciones feministas y unos pocos partidos de fútbol?

Poco antes de recibir el alta escribí un mensaje a un grupo de amigos con el que adjuntaba una foto, tomada desde la ventana de mi habitación en la Clínica, de las Cuatro Torres de Madrid bañadas por el sol de la tarde anterior.

«Me acaban de confirmar el alta y en un rato me vuelvo a casa, a pasar el ‘nadir’ de la quimioterapia en plan tranquilo (el término técnico para indicar el momento más bajo de defensas). La médico, graciosa, insiste en que me tome las cosas con calma. Le he respondido que soy tranquilísimo, y me ha recordado con cara de madre que ya me ha frenado viajes a México y Kenia y que no dé más conferencias hasta que acabe el post operatorio... Ya se ve que las palabras dependen del contexto. Pero le haré caso. Creo».

Me llevó a casa Rubén, otro de los que viven conmigo, recién llegado a Madrid y de conducción más instintiva que innata. No sé cómo acabé la jornada. Sí que enseguida la fiebre volvió. Carmen, la enfermera, me pidió que no dejara de tenerlas informadas, que llamaría cada día y que, por favor, me pusiera en contacto con el número del Coronavirus que acababa de abrir la Comu-

nidad de Madrid, para explicarles lo que me estaba sucediendo.

«¿Qué me sucede?», me preguntaba yo. «¿Qué me pasa aparte de que llevo seis quimioterapias, he cogido frío y tengo fiebre?». Sí, ya se había escuchado de ese virus. ¿Pero qué importancia tenía? Las ministras en pleno se habían parapetado dos días antes detrás de las pancartas del 8-M. Con guantes, sí, pero mostrando que la epidemia no era tal, que no podía causar ningún estrago.

Llamé al número en cuestión. «Todas las líneas están ocupadas». Así seis veces. Más fiebre. «No llame al 112», avisaban. Llamé al 112. Me atendió una mujer muy amable. Le conté de mis cambios de temperatura. Me escuchó. «Deme sus datos. Le contactaremos pronto». Nunca me devolvieron esa llamada. En el número de teléfono oficial de la Comunidad de Madrid las líneas comunicaban. Yo apuntaba los datos de los picos de fiebre y al medio día los mandé a la Clínica Universidad de Navarra. Mi médico, mi héroe, Lucía:

-Javier, vuelve a la Clínica. Esta vez, por favor, entra directamente por Urgencias. Te están esperando. Ven rápido. ¡Ven ahora mismo!

De nuevo a Enrique. Coche. Día 12 por la tarde.

-No te quedes conmigo -le insistí-. Te van a hacer esperar otra vez y al final me quedaré ingresado. Es lo que tiene la quimioterapia. No te preocupes. Vuelve a casa y te llamo cuando sepa algo.

Entré solo en Urgencias. Habían pasado apenas dos o tres días desde mi primera visita a ese espacio y, para mi asombro, lo encontré todo cambiado. En la puerta corredera de la entrada una enfermera a la que conocía

de mi último ingreso tomaba los datos de dos mujeres – claramente madre e hija–. La más joven lloraba. «¡Soy una persona serena, pero tengo tanto miedo!», escuché que decía. Las pasó a la sala de espera, en donde había más gente. Silencio. Todo el mundo parecía preocupado.

Tras dejar a las dos mujeres, al volver a su puesto, la enfermera me saludó. «¡Javier!». Yo no sabía su nombre, sí sus gafas redondas y su pelo moreno. Llevaba puesta una mascarilla y guantes. Nada más: aún no se había informado a los centros hospitalarios desde el Ministerio de la agresividad infecciosa del virus, aunque ya se supiera por lo ocurrido en el norte de Italia.

-Creo que me esperabais.

-Pasa por aquí. Mira, te lleva Raquel.

Sonriendo bajo su máscara esa nueva enfermera me dirigió hasta una de las habitaciones de Urgencias. Me acercó un camisón. Yo llevaba una mochila con pijama, zapatillas, cargador..., precaución aprendida de mi anterior visita. Me facilitó un par de bolsas más con el escudo de la Universidad de Navarra: el arcángel Miguel atravesando al dragón, según el modelo de una iglesia de Segovia, tal y como fue sugerido por el Marqués de Lozoya. El emblema de mi *alma mater*, la seguridad de saberme en casa.

Me cambié. Hacia las diez de la noche me llevaron en una silla de ruedas para tomarme una placa. Ese es mi último recuerdo propio: en pie ante la cámara de rayos, con ese camisón de hospital que no cierra por la espalda, la ropa interior todavía puesta. El resto de mi experiencia consciente soy capaz de reconstruirlo por medio de dos

mensajes de *WhatsApp*. El primero lo mandé esa misma noche, a las 22.07. Dice así:

«Neumonía.

He llegado al 85% de saturación.

Tope oxígeno y empiezo ya con antibióticos *ad hoc*.

No más noticias».

Visto en retrospectiva, el mensaje asusta a cualquier sanitario: ese 85% indica una inmensa dificultad respiratoria. Pero ni Enrique ni yo sabíamos nada de eso. E insisto en que no recuerdo cómo me encontraba cuando mandé ese mensaje.

El siguiente es grabado. El día 13 a las 14.37 a Enrique. Un minuto más tarde, con un contenido muy similar, a mis hermanos. Suenan como fondo de mi dictado los sonidos de la UCI, donde ya me encontraba. Mi voz, serena y fuerte, no muestra preocupación alguna. Probablemente no vería motivos.

«Quique, supongo que ya te habrán avisado de que he dado positivo de coronavirus, así para acabar ya de mejorar las cosas. Y estoy aquí en la UCI, bien atendido. Y eso..., paciencia. Enteraos de qué tenéis que hacer en el centro. Supongo que cuarentena. Un abrazo».

«¡Os cuento brevemente!», dije a mis hermanos. «He pasado la noche en la UCI para que me dieran bien de oxígeno. Han seguido con las pruebas y..., ¡tachán!, he dado positivo de Coronavirus Covid19 y estoy ahora mismo como Abascal, la Montero, Tom Hanks y los otros. Es decir, con más preparación por mi 'patología previa', que se dice ahora, pero bueno, aquí en la UCI ya me han dado medicamentos y nada, os diría que mucha paz, mucha tranquilidad. Total, ¡tampoco hay mucho más que hacer que esperar un poquito a que se vayan aclarando! ¿Vale? Un abrazo».

No soy capaz de recordar que haya enviado estos dos mensajes. Sí las referencias que hice a los dos políticos y al actor norteamericano. Me contó mi hermano Carlos que recibió el audio justo cuando recogía a Emilia, su novia, de su oficina en Bilbao. Le llevó quince minutos llegar hasta su casa. Solo hacerlo llamó a mi número de teléfono. Lo cogió una enfermera. Ella le informó que desde hacía unos instantes me encontraba sedado. «Le acaban de intubar. La situación es muy grave y los médicos han decidido dormirle».

Daba así comienzo mi 'gran noche', la noche más larga, que duraría casi quince días de sedación y que iba a *regalarme* todos los problemas que conlleva ese tratamiento.

3. Cuatro vidas

Cuando a alguien le sedan, la vida se multiplica por cuatro.

Por un lado, está la existencia vegetativa de ese cuerpo inconsciente que se enfrenta a sus propias limitaciones (en mi caso, sobre todo respiratorias, aunque de esa falta de oxígeno acaben derivando todo tipo de problemas en la sangre, en los riñones, o dé lugar a decaimientos hepáticos, musculares, de oxigenación en el cerebro...). El cuerpo además lucha contra el ataque del virus y de los fármacos que tratan de atajarlo para devastar de paso la *tierra de nadie* del sistema nervioso y, en general, de los órganos que facilitan la presencia de lo que Aristóteles llamaba 'el principio vital'. Eso es la 'vida 1', la más básica, la que permite que haya paciente porque todavía existe.

La narración de aquella lucha está fuera de mi experiencia consciente. Tengo muchos de los mensajes que se intercambiaron esos días médicos, familiares y amigos: picos de fiebre, algo de desesperanza, algo de esperanza, pasos hacia adelante, 72 horas de margen, posible estabilidad, etc. Yo (el 'yo psicológico', el que sabe de sí, no el 'yo ontológico' que también estaba en ese cuerpo dormido) no puedo contar nada directamente de aquellos días o de aquellos temores.

En segundo lugar -y por eso lo llamaré 'vida 2'-, se encuentra la existencia de médicos y enfermeras que -espe-

cialmente en mi caso por ser de los primeros pacientes en mostrar el Covid19 en toda su virulencia contra un cuerpo joven- luchan contra lo desconocido, sin tener protocolos de tratamiento, asustados por la posibilidad de un contagio, conmocionados al ver que les falta la clave y que su paciente -ya con los pulmones colapsados- se les escapa. Me contaron a mi vuelta que en dos ocasiones se plantearon pasarme a cuidados paliativos, para ayudarme a bien morir, sereno, sin la angustia del ahogo. Me comentó también una enfermera, en el día treinta y cinco y último que pasé en la UCI:

-Javier, no sabes lo malito que has estado. Tan mal que un día me hiciste llorar. Volví a casa llorando porque te nos morías. Lo pasé muy mal. ¿Entiendes que esté tan contenta ahora? No me puedo creer que te vea así de bien. Me parece imposible. Me hiciste llorar. ¡Cómo sufrí!

En tercer lugar, 'vida 3', se encuentran los familiares y amigos. Rápidamente son informados de que no pueden visitar al enfermo por el riesgo de contagio. De hecho, en CUN empezaron inmediatamente con una política de 'zona sucia'. Es decir, antes de convertir toda la Clínica en un centro de tratamiento de Covid19 (llegando casi a triplicar sus plazas de camas, triplicando de hecho el tamaño de la UCI tanto en cama como en médicos, enfermeras y auxiliares) ya habían aislado a esos pacientes y las rutas por las que se movían por el edificio. También impidieron las visitas el *confinamiento* recién decidido por un gobierno que apenas seis días antes alentaba manifestaciones en todas las capitales del país y que había ido callando la información que le llegaba con urgencia y preocupación desde la inoperante OMS o la vecina Italia.

Y lo impedía, especialmente en mi caso, la gravedad extrema del paciente.

Todos los días, mañana y tarde, algún profesional llamaba desde la UCI tanto a uno de mis hermanos como a Enrique, y les transmitía un breve informe sobre picos de fiebre, valles y altos, dificultades, lo delicado de la situación, la posibilidad y cercanía de la muerte. Durante esa primera semana sobraba con los datos objetivos para que la imaginación de cada cual volara hacia la peor opción posible. La angustia fue grande. También la reacción. En tiempos de telecomunicaciones y redes sociales pudieron extender esos partes diarios como la pólvora. La información no era mucha, por los pocos cambios del enfermo que, en general, al principio iban a peor.

Pero las noticias se extendían rápidamente, como se forman las ondas en la superficie tranquila de un lago. Uno la recibía y la multiplicaba entre sus contactos, y estos con los suyos. En muy pocas jornadas cientos, tal vez miles, de personas acompañaban a mis hermanos (también a mí, aunque no lo supiera) con su oración, cariño, asombro, temor y palabras de aliento. Y eso les ayudó mucho en esos momentos tan duros por los que pasa este tercer nivel de vida que surge en torno a quien se encuentra sedado.

Por último, vida 4, está el mundo interior de quien ha sido dormido. Podría pensarse que debe ser un conjunto vacío, un punto como la noche, en la que el olvido de sí propio de la inconsciencia hace que el tiempo pase en un punto, conduciendo como de inmediato al despertar en la mañana. Las ocho horas de la noche psicológicamente duran un instante. Pero no es exactamente eso lo que le ocurre a quien es sedado: aunque los recuerdos son

Javier Aranguren

poco claros, a veces se empeñan tozudamente en quedarse. Los que siguen son los que permanecen en mí.

4. Mi *nadir*

Al inicio del texto he dejado escrita la definición de *nadir*. Resulta extraño que ese término que me introdujo Lucía, mi médico, como de pasada durante mis dos últimas visitas (en la sexta quimioterapia y en el ingreso en planta previo al diagnóstico de coronavirus) fuera desde entonces el hilo conductor de mis ensueños. Más extraño si cabe porque yo lo interpretaba no como lo usó mi oncóloga (el momento más bajo de defensas), sino como lo prefieren los astrónomos (el punto más opuesto al *cenit*).

Nadir, ¡qué hermosa palabra! Suena como su término original en árabe. Y por eso me pareció tan exótica cuando la escuché por primera vez. Ahora era mi mente, en ese cuerpo dormido, la que procuraba desentrañarla. Para ello, ya dormido, intenté primero una aproximación 'académica'. De algún modo empecé a reunir información, autores que pusieran en el *nadir* el objeto de sus pesquisas. El resultado no pudo ser más heterogéneo.

Por un lado se encontraba el actor Mark Wahlberg, quizá porque acababa de ver su última película en Netflix (francamente mala), o porque había curioseado un vídeo en *You Tube* en el que contaba cómo su entrenamiento diario (su *work-out*) comenzaba con media hora de oración pues -explicaba- «soy católico practicante». Y esa condición interior, que es también externa pues no duda en manifestarla en cualquier ocasión, le proporcionaba el

estatuto de *buscador*. De hecho, como yo, Wahlberg estaba cansado de la apariencia del éxito. El protagonista de *The Fighter* o de *Deepwater Horizon* quería llegar al fondo.

-Y creo que he encontrado a quien nos puede guiar - me dijo, y comenzó a hablarme de un escritor norteamericano, más académico que literato, que apenas había publicado nada, y que en cambio vivía para el *nadir*.

Me dio un nombre, pero no logro recordarlo. Me señaló un pueblo costero que yo supuse en el norte de los Estados Unidos (¿cerca de Boston, como tantas películas de Wahlberg? ¿En Maine o Nueva Inglaterra?), y hacia allí quise dirigir mis pasos. Pero no pude. De pronto el actor tenía que escapar porque se aproximaba una catástrofe natural (¿o era un atentado?), y apenas me dio tiempo a vislumbrar cómo montaba a su mujer y a sus hijos en un helicóptero mientras su casa grande de madera se venía abajo.

Una vez me quedé solo, me fui acercando al pueblo de la costa. Desde allí le mandé un correo electrónico a mi amigo Fernando: «Estoy buscando el *nadir*», le decía, convencido de que aquello cambiaría vidas. Él me contestó brevemente. «¡Te apoyo!».

Con ese ánimo traté de dar con el escritor. Llegué al fin a su casa. Era un hombre muy parco, silencioso, de mirada profunda desde unos ojos rodeados de bolsas de edad y cansancio. «¡*Nadir!*», se repitió a sí mismo, y me acercó un ejemplar de su único libro. Abrí por cualquier sitio y vi que la página estaba escrita no con líneas paralelas, sino que la única frase formaba un remolino, el *Maëlstrom* de Edgard Allan Poe, hacia cuyo vórtice caían las

palabras. Y la última, la que estaba al borde del agujero negro del centro, era la que daba sentido a todo ese relato circular: «*nadir*», se leía en ese término de cierre.

-¿Y si colabora usted conmigo? Yo puedo escribir mi parte y traducir su texto, y así preparamos un volumen en español que sería realmente novedoso.

-¿Pero no te das cuenta de que eso no es posible? A fin de cuentas, la realidad del *nadir* se puede reflejar solamente usando la misma palabra. El *nadir* es simplicidad. Es lo más contrario a los aspavientos. De hecho cada uno de los relatos, de los capítulos, de ese libro del que me hablas, no debería ocupar más que esas cinco letras, pues es en ellas, en su sencillez, en su simplicidad, donde se contiene todo.

-¿Una especie de *Aleph* de Borges?

-No, porque el *nadir* es lo real.

-¿Y conoce a alguien más que se haya dado cuenta de esto?

-Solamente a uno. Tim O'Brien.

¿Tim O'Brien? Me vino directamente a la cabeza el libro que conocía de ese autor: *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*. Publicado por la editorial Anagrama en castellano, yo lo había leído en 2000, justo durante la época en que me empapaba de todos los relatos de Carver (eso lo veo ahora, al revisar la lista de libros leídos), hace justo veinte años. No puedo saber por qué ese hombre inventado que hablaba conmigo en un inexistente pueblo costero trajo a colación a un autor que nunca me había vuelto a interesar. En ese libro escribía historias sobre excombatientes del Vietnam, con algunas escenas de lucha y muchos traumas. Ahora lo busco, lo en-

cuento en inglés y lo traduzco, y su primer párrafo dice así:

«LAS COSAS QUE LLEVABAN

El teniente primero Jimmy Cross llevaba cartas de una chica que se llamaba Martha, estudiante de primer año en Mount Sebastian College en New Jersey. No eran cartas de amor, aunque esa fuera la esperanza del teniente Cross, de modo que las conservaba envueltas en plástico en el fondo de su mochila. Al final de la tarde, tras un día de marcha, él cavaba su agujero, se lavaba las manos con la cantimplora, desenvolvía las cartas, las sostenía con las puntas de sus dedos, y gastaba la última hora de luz disimulando. Ahí imaginaba viajes de camping románticos en las White Mountains de New Hampshire. Algunas veces saboreaba los bordes de goma de los sobres, sabiendo que ella había puesto allí su lengua. Más que nada, él quería que Martha le quisiera como él la amaba a ella, pero las cartas estaban llenas de noticias amables y eludían por completo los asuntos del amor. Estaba casi seguro de que ella era virgen. Ella estudiaba una licenciatura en Inglés en Mount Sebastian, y escribía de forma hermosa sobre sus profesores y compañeras de habitación o acerca de los exámenes de mitad de semestre, sobre su respeto por Chaucer y su gran admiración hacia Virginia Woolf. A menudo citaba versos de poemas; y nunca mencionaba la guerra excepto para decir, Jimmy, cuídate. Las cartas pesaban diez onzas. Estaban firmadas 'Con amor, Martha', pero el teniente Cross comprendía que 'amor' era solamente una manera de firmar y que no quería decir lo que él a veces pretendía que significara. Al anochecer volvía a meter con cuidado las cartas en la mochila. Despacio, algo distraído, se levantaba y se movía entre sus hombres, revisando el perímetro, y cuando ya estaba completamente oscuro

volvía a su agujero, miraba hacia la noche y se preguntaba si Martha sería virgen».

No recordaba ese párrafo. En mi memoria tan solo quedaban dos escenas registradas: alguien que tenía un collar hecho con las orejas de los enemigos que había abatido, alguien que ya en EEUU daba vueltas a un lago con la tristeza desesperada de un paria siempre fuera de sitio. ¿Reflejaba eso el sentido del *nadir*? No pude saberlo, pues con estos tres asuntos (el remolino, la obra de O'Brien, la huida de Wahlberg) terminaron mis disquisiciones académicas. Traté de guardarlas en alguna recámara de la memoria por si me pudieran ser útiles en el futuro. Y eso aunque en mi 'vida 1' mi cuerpo porfiara por respirar sin conseguirlo; en la 'vida 2' los médicos acabaran de descubrir que el movimiento supino/prono ayudaba en algo a la respiración (ocho horas mirando al techo, seis sanitarios para darle la vuelta al cuerpo, ocho horas boca abajo, seis sanitarios para darle la vuelta al cuerpo, ocho horas mirando al techo..., así durante quince días); y en la 'vida 3' hermanos y amigos sintieran el miedo de la cercanía de la muerte porque las noticias que recibían eran verdaderas: «No conseguimos atajar la fiebre, no sabemos qué bacteria es la que le ataca, tiene los pulmones paralizados, la situación es muy grave».

Mientras, en la 'vida 4', yo me encontré cambiando el acercamiento académico por una vivencia. Me encontré ante una situación de la que habla García Morente en su *Introducción a la Filosofía*: en vez de estudiar cosas sobre París, ¿por qué no visitarlo? Eso me pasó a mí con el *nadir*. A raíz de aquella experiencia todo lo anterior, todo lo que hasta aquí he narrado, se me hizo superfluo.

Nadir. En el plano, en el mapa, en las dos dimensiones, hay Norte, Sur, Este y Oeste, con todas las direcciones intermedias. Las marca la Rosa de los Vientos, la brújula. Y uno se orienta en ellas gracias a la salida del sol, a la dirección de las estrellas. ¡Qué fácil orientarse con tanto instrumental y entre tantos parámetros!

En las estrellas se encuentra el *cenit*. Arriba, como una dovela clave de bóveda. Se piensa por eso –por la nueva perspectiva que da, por la tercera dimensión, por el relieve– que es más importante el *cenit* que los puntos cardinales. Lo que brilla asciende, el que vence sube a lo más alto, la medalla de oro demanda un cajón más elevado que la plata, el bronce o la derrota. Pero esa pretensión siempre tiene algo de mentiroso: en el *cenit* siempre, y solo, hay espacio para el brillo externo. No es más que una apariencia o un reflejo. Todo aquel que se conforma con el *cenit* se queda en mínimos. El honor, explica Santo Tomás de Aquino, es siempre dado desde fuera: depende de los otros. Mientras que la nobleza, la virtud, surge de una actitud interna, de un modo de ser hecho hábito. La virtud tiene fundamento. Está a los pies. Tiene que ver con el *nadir*, no con el *cenit*.

Un día me encontré caminando. No iba en las direcciones del plano. Pero tampoco hacia arriba. Era un viaje desde *dentro* hacia *dentro*. ¿Más dentro de mí que yo mismo? (San Agustín). No sabría decirlo. No puedo tampoco decir *abajo*, pues ese ‘dentro’ no era tanto mi interior como lo real, el auténtico ser de las cosas. Yo caminaba, despacio, por un lugar oscuro, como el pasillo que se abre entre las ramas prietas y enlazadas de unos arbustos que formaban un túnel. La atmósfera no era negra, pero sí verde oscuro. Tenía que andar con la cabeza agachada. Al

fondo, cada vez más cerca, claridad. Clareaba. Traspasé el umbral. Llegué al *fuera* del *dentro*: a lo más interior del interior de las cosas. Era un espacio blanco, tal vez nevado. Estaba lleno de paz. En él no había distorsión alguna: nada desafinaba, ni como sonido ni como ambición. Era todo amable, grato, cómodo de ver. De hecho, en él se experimentaba un amor distinto al que yo había conocido y practicado hasta entonces. Era un amor sin inseguridad: afirmado, ya poseído. Era un amor sin equívocos, ni sospechas. Sin malentendidos. No podías aprovecharte de él, tratar de sacarle algo en tu propio beneficio mientras simulabas darte. No hacía falta pretender o actuar. Todo estaba bien en él. Se podría decir que era amar-ya-sin-cuidado. Amar sin fatiga. Por supuesto, amar sin hacer ni hacerse daño. Y consistía ese amar en contemplar, y en saberse mirado. En un momento dado me tumbé en el suelo, abrí los brazos. Cuando estaba todo estirado, miré hacia arriba. Vi los árboles nevados (completamente blancos), y cómo desparramaban algunos copos frescos sobre mi cara y me hacían sonreír. Paz. Plenitud. Alegría. Vi sus frutos: figuras geométricas de colores vivos (rojo, verde, blanco), como si fueran marionetas centroeuropeas del Cascanueces. Escuché de fondo las voces de niños jugando en la nieve, en la calle, felices. Niños que invitaban a jugar con ellos. A jugar para ellos en ese tiempo eterno que es el presente de la infancia.

«¡Qué corta y débil es la lengua al lado
De mi concepto, y éste está tan lejos
De lo que vi, que es poco decir 'poco'»

(Dante, *Paraíso* 33, 121-123).

Lo intenta expresar el florentino en otros versos:

«En su profundidad vi que se encierra,

Cosido con amor en un volumen,
Todo lo que despliega el universo:
Sustancias y accidentes en mixtura,
Fundidos e intrincados de tal modo,
Que es un pobre reflejo lo que digo (...)
Así mi mente, como suspendida,
fija, inmóvil, atenta, contemplaba
Y en la contemplación más se encendía

(*Idem.*, vv. 85-99).

Eso era el *nadir*: lo opuesto al *cenit*, lo que está bajo los pies, pero no como lo bajo, sino como el fundamento. Y todo de golpe (*ya*, sin ausencia, sin potencia, sin imperfección), evitando el deslumbramiento que produce la apariencia, retirando reflejos y sombras. Escuché la voz de gente a la que no había tratado ni querido bien: «¡Ya no te preocupes! ¡Vente!», y me supe llamado, aceptado, con un hueco entre ellos, con alguna de «las muchas moradas» esperando por mí. Lo que se experimentaba allí se presentaba como *lo realmente real*, haciendo que me preguntara si acaso estaba en el empíreo de Platón o en la 'casa del Padre'.

Nunca lo sabré. Miraba hacia el cielo, me embebía de esa paz, tal vez lloraba de serena alegría al saber que todas mis preocupaciones, miopías, descuidos, miedos o mentiras quedaban atrás, pues no tenían cabida en el *nadir*. Estando en esas me entró una duda. Esta, como las grandes preguntas, se derivaba en dos. Primera: ¿estaba yo preparado para amar aquello como merecía ser amado? Segunda: ¿no debería antes arreglar lo que había roto, es decir, no debería antes desaprender lo que hasta entonces había tomado por amor y que tenía tanto de mentira? Y se me abrió un debate. No sé si conmigo mismo, no sé si con otro. No sé si las voces de los ofendidos

me seguían disculpando. Lo que sé es que en ese momento pude decidir entre quedarme allí, para siempre, en una vida plena, o volver y tratar de reparar las vasijas que he roto, aunque no quedaran perfectas, aunque fueran de barro pobre y el arreglo dejara marcas y cicatrices, desplantes y silencios.

Verlo claro fue inmediato: no podía quedarme. Tenía que volver. Tenía primero mucho que aprender, pues nada de lo que allí había experimentado resultaba proporcionado a mi pobre modo de mirar. Y también necesitaba volver para pedir perdón a algunas personas a las que había confundido, y hecho daño, con mi patética manera de tratarles.

Me levanté del suelo, desoí a los niños que me llamaban, cerré los ojos y entré de nuevo en el túnel, aunque en esta ocasión para alejarme de allí, para volver, para marcharme. Dejar la Vida por la vida: una contradicción, una necesidad, una prorroga.

No sé qué día de las vidas 1, 2 y 3 me pasó esto. Sí sé que los momentos más graves de mi estancia en la UCI fueron en torno al 20 de marzo, cuando a la dificultad de respirar se le unió un neumotórax que exigió la instalación de un tubo de drenaje a través de las costillas, y que la gran crisis pasó cuando el 24 de ese mes la vida 2 (los médicos) comunicó a la vida 3 (familiares y amigos) que en la vida 1 (mi cuerpo) habían practicado una traqueotomía por medio de la cual le conectaban a un respirador artificial y que el paciente respondía de forma muy positiva a ese nuevo intento de tratamiento.

¿Vi el Paraíso? Aunque haya citado a Dante no puedo afirmarlo. No lo sé. Tampoco sé si no. De lo que estoy

convencido es de que un anzuelo mordido gracias a mis faltas es lo que me ayudó a volver. Esto me lleva a repetir una de las frases más misteriosas de la Liturgia, la que se pronuncia durante el Pregón Pascual: «Feliz culpa, que mereció tal Redentor». En mi caso, «feliz culpa, que me hizo volver para decir 'lo siento'» (y benditas las personas que me han acogido con su perdón).

Ese fue mi *nadir*.

Desde aquel día buena parte de mi tarea estando sedado, luego en la UCI, luego en planta, consistió en no perder esta experiencia. «¡Mi *nadir*, mi *nadir*!», me repetía con frecuencia.

Dejándola escrita, descanso ya tranquilo.

5. Los violentos

Un enfermo sedado en la UCI no sabe que está enfermo, ni que está sedado, ni que está en la UCI. No entiende nada de lo que le pasa, ni de por qué le pasa, ni de qué le rodea. Se encuentra perdido, y eso aunque a los médicos (y por tanto a familiares y amigos) les parezca que solamente duerme. La vida 4, la de la mente, sigue sus propios derroteros. Y estos, como los sueños, son mayoritariamente extraños, y se cargan de pesadillas y de preguntas que no tienen respuesta.

El descubrimiento del *nadir* me proporcionó seguridad. Sabía lo que había dejado atrás y que tenía que volver. ¿A dónde? No estaba seguro, pues desconocía mi punto de partida.

Vivía varias situaciones recurrentes. Una me resultaba especialmente terrorífica. Sonaba una música demente, de guitarra eléctrica en el desmadre de un concierto violento, de rock duro, y yo -acompañado por un chaval de rasgos mexicanos que recordaba a Coco, el personaje de *Pixar*- observaba desde detrás de un muro roto de ladrillo un paisaje amarillento en el que iban a chocar en un combate a muerte ¡los 'héroes' de Marvel contra los de DC! Y digo que era terrorífico porque ambos grupos contaban con semidioses (Thor, Superman) que harían de esa lucha algo interminable, brutal, capaz de destrozarse el mundo, y completamente estéril. Para tratar de no mirar

apretaba mis ojos con fuerza. Pero cuando lograba la oscuridad total esta empezaba a moverse y tomaba la forma precisamente de un Superman que, hecho de un conjunto de líneas negras que se hacían más negras aún para dar forma a su rostro, me miraba con odio y con asco, dispuesto a aniquilarme. Yo temblaba hasta que la música y el paisaje cambiaban y se iban.

A eso se sumaba otro elemento, quizás algo más tardío, añadido a la medida que iba recuperando consciencia, quizás ya presente estando todavía sedado, porque la consciencia quizás nunca se retire del todo. Tengo 'miopía magna', y una de las cosas de las que te hacen prescindir cuando te intuban son las gafas. Si abría los ojos, veía desenfocado. ¿Ver qué en una UCI? Principalmente la pequeña luz roja del televisor apagado. Pero no veía una, sino muchas: por el desenfoco del miope, porque cada ojo seguía una dirección propia..., no lo sé. La cuestión es que el inocente piloto rojo se convertía en muchas luces que -quizá con el recuerdo de la música violenta- se transformaban en un tigre rugiente, en un dragón terrible, siempre en movimiento constante, siempre amenazando. Y yo trataba de apartarlas de mí.

Esos días los médicos y enfermeras (vida 2) informaban a familiares y amigos (vida 3) que me encontraba agitado (vida 1) aunque no sabían que el origen de mis nervios no eran solo las infecciones o las medicinas, sino el contenido (probablemente causado por ambas) de la vida 4, la de mi mente.

6. Las enfermeras sicilianas

Casi siempre tenía sensación de estar tumbado en una cama. No sabía la razón. A mi alrededor escuchaba voces. De vez en cuando entraba una chica vestida completamente de negro, con el pelo negro cubierto por un pañuelo negro, ojos azabache, el rostro serio. Reconocía su cara: una compañera de trabajo, joven, decidida, seria. En realidad eran varias, todas hermanas. Beatriz, María, Marta... ¿Serían el trasunto de mis verdaderas enfermeras? No lo sé.

Sé que ya despierto pregunté con toda seriedad por alguna de ellas, de la que creía saber nombre y apellido, y que me quedé extrañado cuando mis enfermeras repitieron que no les sonaba de nada esa persona, «ninguna de nosotras se llama así», como ninguna de ellas vestía de negro sino de verde quirúrgico, gafas transparentes y máscaras. Sé que se parecían a mujeres sicilianas, o corsas, como las que aparecen en el álbum de *Axterix en Córcega*, de ojos y gestos graves, belleza mediterránea, discreto silencio. Esas mujeres siempre acompañadas de un varón, de un hermano, que te amenaza preguntando «¿Has mirado a mi hermana?», «¡No!», «¿Es que acaso no te gusta mi hermana?», «¡Sí!, perdón, ¡No!», e intuyes el brillo de la faca en su mano y temes que, limpia, atraviese tu cuerpo por una ofensa nunca existida y sin embargo de consecuencias infinitas.

Las enfermeras de negro eran silenciosas. Solo Begoña me dirigía a veces la palabra. «Hoy me toca otra vez cuidarte», anunciaba animosa. Se diferenciaba del resto de sus hermanas en que tenía una peca negra en la mejilla izquierda. Su mirada, un pozo profundo, me parecía también triste.

En otra ocasión estaba con una de ellas en un avión. Era un avión extraño: los pasajeros viajaban sentados en el suelo. No había asientos. Yo me sabía, una vez más, fuera de sitio. Íbamos hacia Jerusalén. Era una peregrinación de cristianos coptos. En el desierto donde vivían, donde apenas les dejaban ejercer un poco el comercio de baratijas para turistas, los demás pueblos se reían de ellos: los cristianos porque les parecían una absurda secta que se había quedado fuera de la verdadera religión por motivos ya olvidados en la polvareda del tiempo, y su existencia les producía vergüenza; los musulmanes porque, aunque compartían la misma raza, no así la fe, y pensaban que por su obstinación en realidad solo merecían la muerte. Ellos, mansos, atendían a la lectura de la Sagrada Escritura en una lengua antigua y extraña. Mi enfermera, con la seriedad de siempre, con su vestido largo y su pañoleta ajustada, se movía de un lado a otro priorizando mi cuidado. Por la ventanilla del avión entraba fuerte la luz del sol. El haz de luz iluminaba a un hombre vestido completamente de blanco, anciano, cubierto por una túnica, que estaba sentado ante una placa de mármol sobre la que estaban grabadas supongo que más máximas sagradas. Tal vez el mármol fuera la losa de una tumba, la entrada a un mausoleo, a un túmulo. Ahí, en un cruce de miradas con mi cuidadora, se interrumpe mi recuerdo.

Cada día me trataba una hermana diferente. De pronto sé, no sé por qué lo sé, que todas ellas están relacionadas con la Clínica de la Universidad de Navarra. ¿Sería que la vida 4 es capaz de escuchar lo que la vida 2 -los médicos y enfermeras- comenta junto a la vida 1 -el cuerpo que yace sedado y boca abajo-? Tal vez ya estábamos en el día 25 de marzo, el siguiente a mi traqueotomía, en el que me empezaron a liberar de la sedación y logré abrir un ojo (y por lo que parece, también los oídos). Experimentaba una sensación como si nos encontráramos en movimiento, de viaje. Dado lo lento del avance era más un viaje de tren que de avión. Apareció una vez, con su barba y con su prisa, un médico joven. Era el prometido de una de ellas. No de Begoña, la de la peca, porque ella quería permanecer sola. Tampoco de Beatriz, sobre quien escuché este comentario:

-Se ha adelantado. Ha ido a vivir de misionera y no lleva una semana y ya está arrepentida. Quiere volver, pero se ha ido tan lejos que no lo tiene fácil. ¿Qué hará ahora con su vida?

Yo, yaciente, como no podía hablar asistía pasivo a esa confidencia que ni siquiera iba dirigida a mí.

El joven médico se iba a casar en breve con otra de las hermanas. Los dos tomaban su relación con un fuerte sentido de misión: aprender mucho sobre gestión de hospitales porque iban a marcharse al centro de África para abrir uno en algún país sin recursos. Entonces descubrí que el médico era también clérigo, ¡un obispo!, y que había obtenido un permiso especial para poder casarse y empezar esa nueva vida. Apenas pasaba por mi habitación. Yo, que no podía hablar, le veía siempre en blanco y negro (no así a las silenciosas enfermeras). No

me caía bien: de tan ocupado ni se molestaba en hacer el gesto de saludarme. En la UCI tenía su vivienda, y la consecuencia de contar con su presencia entre nosotros se reducía a que apartaba de mi lado a mi enfermera, que me dejaba solo con mis miedos.

Al caer la tarde (la tarde de la vida 4, no sé qué momento sería en el mundo de afuera) el joven doctor volvía, cansado de la jornada de trabajo, y charlaba entre risas con su prometida comentando con ella lo aprendido y decidiendo qué película iban a ver aquella noche. Siempre eran clásicos, en blanco y negro como él. «Hoy ha sido un día difícil», repetía, «necesito distraerme». A menudo sonaban también voces de niños. En realidad era uno solo, y yo sabía que le conocía, pues su rostro era el mismo que el de Moses Javier, un pequeño de Kenia que en el mundo real habían adoptado unos amigos y de cuyo mantenimiento me vengo encargando desde que le conocimos con apenas dos semanas de vida. Pero no era Moses Javier porque a mí no me hacía ni caso, y porque hablaba con el médico y la enfermera en un español suave, casi musical, que sonaba a consentido y caprichoso. Mientras, yo me entristecía porque nunca me invitaban al debate, porque mientras vivían con sus atardeceres agradables yo yacía solo en una cama, entre brumas, y estaba convencido de que no les importaba.

Enfermeras silenciosas, oscuras, de ojos tristes y de impresionante belleza, ¿a qué esperaban para rescatarme?

7. La vida real

He insistido en la multiplicidad de vidas. No puedo hacer paralelismos entre mi mundo interior (mis pesadillas, mis experiencias, mis sueños) y la realidad externa, a la que se suele llamar 'objetiva'. No puedo estar seguro de si la experiencia de mi *nadir* coincide con el día en el que estuvieron a punto, en dos ocasiones, de trasladarme a cuidados paliativos para aliviar los posibles sufrimientos (sobre todo el ahogo) de la previsible muerte. Lo que ocurría en las vidas 1, 2 y 3 se puede reconstruir por los mensajes que enviaban mis hermanos a las personas que se interesaban por mí, por los informes telefónicos que cada mañana y tarde iban de la UCI a Enrique o a mi hermano Miguel, por las frases que fueron compartiendo conmigo distintos profesionales de esa clínica mientras yo recuperaba el sentido, por los datos del informe médico. «Una tarde me hiciste llorar. Volví a casa llorando por lo malito que estabas», he recordado que me dijo una enfermera; «Claro que te conozco. He bajado muchos días cada ocho horas a darte la vuelta», me aseguró en planta un sanitario al que pensaba que nunca había visto.

El 14 de marzo (Enrique): «Dice la doctora que la palabra 'mejoría' hay que usarla con prudencia. La situación es complicada. Hay que tener especial cuidado estos primeros días». El 15 de marzo (Miguel): «Todo sigue igual. Y pasan las horas, lo cual creo que es bueno,

aunque ya no hablan de 48 horas (que se cumplen esta tarde), sino de 72». El 16 (Enrique): «No hay muchos detalles nuevos. Sigue grave, intubado y en la UCI. Pero hay un detalle positivo: hoy no han tenido que darle la vuelta». El 17 (un médico): «Javier está con subidas y bajadas. Pasó todo el día de ayer muy bien y nos confiamos bastante pero a última hora de la tarde bajó un poquito el oxígeno y hemos tenido que ponerle de nuevo boca abajo». El 18 (mi hermana): «Las noticias no son muy buenas, el tema está complicado, pero tiene a su favor su edad». El 19 (mi hermana): «Hay una ligera mejoría respecto de ayer». El 20 (mi hermana): «Os cuento que Javi ha superado una crisis importante y que parece que tiene algo más de oxígeno en sangre y los riñones algo mejor». El 21 (mi hermana): «Hoy algo mejor, pero nos insisten en que muchísima cautela. La comunicación es complicada: los médicos están hasta arriba. Javi está siempre con altos y bajos. Debe de ser lo normal». El 24 (mi hermana): «La traqueotomía ha dado buen resultado, pero tiene una bacteria que no dan con ella y hace que la situación sea muy frágil, pero vamos ganando batallas». El 25 (mi hermana): «Parece que le han bajado la sedación y ha respondido bien». El 27 (Enrique): «Está más despierto. No tiene fiebre. Le van quitando medicinas y apoyo respiratorio. Necesita rehabilitación muscular: ahora no mueve sin ayuda ni manos ni pies». El 28: «Mueve espontáneamente el cuello y algún dedo». Etc.

Sé que me sedaron el mediodía del 13 de marzo. Que a lo largo de los quince días que pasé en ese estado la fiebre no remitía. Que tuvieron a bien probar más antibióticos de los que imaginaba que existieran (Fluconazol, Avivactam, Levofloxacino, Meropenem, Tamiflu, Az-

itromicina, Vanco, Linezolid y Kaletra) y que no funcionaban. Que los pulmones notaban alguna liberación si alternaban la posición de supino y prono (bocabajo, boca arriba). Que sufrí un neumotorax con derrame pleural, neumonía bilateral y *distrés* pulmonar agudo. Que me pusieron una sonda vesical para la orina y que costó tres intentos retirarla, pues la vejiga 'hacía bolsa' y hubo que activar esa musculatura con medicamentos específicos. Que usaron incluso una sonda nasogástrica para alimentarme por medio de preparados que iban directamente desde unas jeringuillas gigantescas hasta mi estómago y una vía arterial que se fijaba con puntos de sutura a la parte interior del antebrazo y que logré arrancarme dos veces durante alguno de mis delirios. Que también me pusieron incontables vías venosas por las que introducir suero y medicamentos, además de una vía central en la yugular derecha con punta en la vena cava superior por la que entraban de modo directo al corazón los medicamentos,. Me practicaron la traqueotomía para poder conectar directamente mi tráquea con el respirador, lo que salvó mi vida. Por tanto que me conectaron un respirador y usaron el balón de aire llamado *ambú*. Casi cada mañana me tomaban placas encamado para certificar los desastres y los avances en mis pulmones. Llegaron las cánulas para permitirme hablar o empezar a comer por mi cuenta. Por el costado izquierdo introdujeron un tubo con el que drenar el derrame pleural del neumotórax que tuve a los pocos días de mi ingreso. Tenían que usar con frecuencia el extractor de flemas, que las enfermeras introducían por la tráquea si estas eran excesivas o dificultaban demasiado la respiración. Momento siempre inquietante pues para eso era necesario introducir un fino

tubo aspirador que bajaba hondo mientras me repetían «¡Tose,¡ ¡tose! ¡Lo estás haciendo muy bien!», y yo me aplicaba con arcadas en medio de mi ahogo. Se me produjeron heridas en el cuero cabelludo y en la mejilla derecha a causa de los días y días sin moverme de la cama, pérdida de masa muscular como consecuencia de la falta de movimiento total durante casi un mes, debilidad total en cada zona del cuerpo que pudiera sentir. Me vistieron con ridículos camisones (¡tan prácticos!) de apertura dorsal y me ponían también espantosas medias de compresión blancas con borde amarillo que apretaban mis piernas para ayudar a que no se hincharan ni se formaran trombos... Al final interpretaba mi situación con la conciencia de ser una suerte de Cristo que tenía las manos cosidas a un colchón y me convencía de que eso serviría de ocasión inmejorable para ofrecer esas *moles-tias* (la falta de consciencia casi nunca me permitiría hablar de 'dolores'), junto al aburrimiento de los cientos de horas pasados en cama en aquella UCI, junto a la inquietud, inseguridad y nervios del prisionero, y con esos ofrecimientos cooperar de algún modo misterioso a que el mundo siga en movimiento.

Tiempo después me enteré que uno de esos días pasó junto a mi cama don Vicente, el capellán de la Clínica, y que me regaló la Unción de los Enfermos. Lógicamente no me enteré de nada. No importó: haría su efecto. Algunos días más tarde, ya consciente, vino a saludarme otro sacerdote y, desconocedor de haberlo recibido, se lo pedí de nuevo. Me recordó cómo es un sacramento no solo para el momento de la muerte (aunque antes se le llamara 'extrema unción', como si siempre estuviera a punto de llegar demasiado tarde...), sino para enfer-

medades delicadas como la mía. Me emocioné hasta la raíz al escuchar el fragmento del capítulo V de la *Epístola de Santiago*: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le hará levantarse, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados». Me estremecí cuando el cura impregnó con el óleo mi frente, marcándome como a un rey, como a uno de los primogénitos, mostrando con ese signo que no estaría nunca solo ni durante la enfermedad ni ante la muerte.

8. Entre el sueño y la vigilia

En 1987, al comenzar la carrera de Filosofía, me lancé a leer un libro francamente difícil: *La estructura de la subjetividad*, de Antonio Millán-Puelles. No sé si dejó huella en mí. Solo recuerdo que dedicaba las primeras cuarenta o sesenta páginas a una descripción fenomenológica (a menudo fascinante, a ratos incomprensible) sobre la experiencia del *despertar*. Se centraba en ese momento en el que el timbre del despertador, la luz de la ventana o la voz de la madre se meten a formar parte del sueño del durmiente. ¿Estaba dormido o despierto? ¿O en un entre-medias, entre el sueño y la vigilia? Esa experiencia, que nos sucede casi cada jornada por unos instantes, se alarga durante días en el paciente cuando se le comienza a retirar la sedación en la UCI.

En mi caso me dicen que eso ocurrió en torno al 25 de marzo (como he señalado, había comenzado a 'dormir sin dormir' el 13). Además de los sueños referidos, no guardo registro de esos primeros días. Dos recuerdos de los que tengo memoria clara pujan por ser los primeros: el anuncio de la celebración del cincuenta y tres cumpleaños de mi hermano al que sus hijos y su mujer - Álvaro, Marta, María y Sofía- le cantan un 'Felicidades Coronel' con la música de *Bella Ciao*, en un vídeo que nos enviaron a los hermanos por *WhatsApp*. La segunda es el anuncio de la petición de otros quince días del 'estado de

alarma' y confinamiento por Pedro Sánchez en un interminable discurso televisado. Las dos cosas sucedieron el 2 de abril. Las dos cosas me hicieron llorar.

Pero mi despertar tuvo que llegar antes. Entre otras cosas porque solo así se entiende que pudiera usar el teléfono para seguir las andanzas familiares. Y ese recuerdo también lo tengo, aunque sin fecha: que una enfermera me acerca el teléfono y me pide el número PIN, que se lo doy, que quedan dos intentos, que le doy otro, que queda un intento, que ahora nos pide el PUK. Llamaron a casa y, tras una larga búsqueda por los cajones de mi escritorio, encontraron la tarjeta de Amena con esa información. Acto seguido las enfermeras me preguntaron que con quién quería hablar. Y yo, con mi traquetomía y sin voz, les señalé el primer nombre que apareció en la lista de contactos, y me vi en una videollamada con mi amigo Chema, quien al verme se puso a gritar llamando a sus hijos, «¡Venid, venid, es mi amigo Javier, por quien habéis estado rezando!», y me decía cosas, y una enfermera intervenía porque, como digo, yo estaba mudo, y le miraba a Chema con mis barbas de quince días o más, y lloraba ante él como un niño que ha sido encontrado tras muchas horas perdido en el bosque, y él también lloraba, y sus hijos -pequeños todavía- no entendían qué pasaba. Esto pudo haber sido el 30 de marzo: los despertares, insisto, son lentos.

También debieron llamar a mi hermana, no lo recuerdo, y enviar una foto mía a Enrique con mi primera 'hazaña': un cuerpo grande e hinchado, lleno de tubos en la garganta y en la nariz, desaliñado, con un ojo abierto que parece que apunta hacia el objetivo de la cámara. Los

días siguientes llegarían más noticias: ha movido algunos dedos, el cuello, los brazos...

La vida en ese duermevela no era sencilla. Al hacerme consciente de mi entorno, y sin saber dónde me encontraba ni por qué, me empeñaba en hacer interpretaciones, en dar sentido a aquel espacio ruidoso (¡las maquinas!), lleno de luz artificial (¡los monitores!), desenfocado (¡la miopía!) y casi vacío. Por ejemplo, me convencí de que me encontraba aislado en una habitación de no sabía dónde ni por qué, y que mi única compañía era una marioneta muy grande de un marinero de cara triste y traje azul que no sé por qué me convencí de que tenía que ser italiano. ¿Tal vez por las figuras de *Pinocchio*?, ¿o por los gondoleros de Venecia? Según le diera el aire, la inmensa figura se giraba de un lado al otro, siempre silenciosa, y dependiendo del ángulo que adoptara se descomponía su rostro en trozos con aspecto de números. Era de tez blancuzca, enfermiza. Sus ojos daban la sensación de estar a punto de derramar lágrimas. La habían puesto junto a mis pies, elevada, de modo que su tamaño imponente ejercía de vigía de mis propios silencios. No lograba entender qué hacía allí. Acaso llegué a imaginar que nos habían llevado a los dos al cuarto de los trastos, que nos habían abandonado en ese lugar de luces tenues y silencios sólidos. Solo al cabo de muchos días pude rehacer lo que veía: no era un gigantesco marinero sino un presurizador de arteria invasiva, gracias al cual la vía en mi muñeca, la que se agarraba al brazo por tres puntos de sutura y que yo logré arrancarme por

lo menos dos veces, lograba mantener la sangre (que circula a gran presión) dentro de la arteria¹.

A veces trataba de escapar de su detestable compañía. Pensaba que aquello era un sueño dentro de un sueño, que si me concentraba mucho lograría que mi mente se liberara de la pesadilla y que aparecería en otro lugar, también con mi cuerpo: en una playa, paseando por los Pirineos, durmiendo en casa. Me esforzaba de verdad por lograrlo. Y fracasaba siempre. Eso me hundía. Casi casi me desesperaba.

Estaba también obsesionado con los dibujos geométricos del techo. De algún modo trataba de relacionarlos con la experiencia del *nadir*. Dependiendo de con qué ojo mirara distinguía figuras muy distintas. No me daba cuenta entonces de que tenía la bifocalidad muy desajustada, ni de que cada uno de mis ojos se dirigía hacia campos tan distintos que pasé casi dos semanas viendo doble. Con uno, un círculo perfecto, trazado con rayas gruesas a modo de radios y de diámetro. Esa figura tan equilibrada me producía gran paz. Creía volver a ver el equilibrio, la serenidad de aquel lugar al que de algún modo había renunciado. Sin embargo, cuando miraba hacia el techo con el otro ojo (ni siquiera es seguro que supiera que era el techo de una habitación), la figura cambiaba, se convertía en una elipse, las líneas dejaban de ser firmes y proporcionadas, se perdía la armonía y me entraba el miedo al desorden, al caos, a la vi-

¹ Me lo contaba así Begoña Errasti: «como la sangre de la arteria circula con una presión bastante elevada, se requiere de un sistema de presión que evite que la sangre refluya o 'se salga' a través de la vía (o catéter). El presurizador ejerce una presión sobre el suero que va hasta la vía y, de este modo, se mantiene la sangre en el interior de la arteria».

olencia. Solo a raíz del completo despertar, que se produjo en torno al 8 de abril, pude ser consciente de que no miraba más que a la salida de aire de la habitación, que ni siquiera se trataba de un elemento decorativo, sino de otra funcionalidad más de ese mundo aislado que es una UCI.

Ahora de algún modo me sabía en un hospital, aunque todavía creyera que el motivo de mi ingreso fue mi cáncer y durante muchos días preguntara por mi operación («¿Qué tal ha ido? ¿Me han podido quitar todo!»), o buscara una cicatriz o unos puntos que no existían. Me sabía en un hospital porque ya distinguía a las enfermeras: iban de verde, cada día con más capas de protección. Recuerdo el día en que les pusieron unas pañoletas también verdes que les acabaron por dar un aspecto completamente irreal: doble guante, dos mascarillas, la bata verde de *gore-tex* que años atrás utilizaban los cirujanos en las operaciones, gafas transparentes como las de esquiar en días de ventisca, pantallas de plástico que les cubrían desde la frente a la barbilla, las pañoletas... Al final a uno le entraba la duda de si había sido abducido en una nave espacial o de si era prisionero de talibanes afganos y le rodeaba un harén de huríes. Lo único que se veían en ellas eran los ojos: grandes; azules o grises o verdes; animosos como las voces de sus bocas ocultas; las cejas arregladas en rostros anónimos. Algunas se presentaban al llegar. Otras habían escrito su nombre con rotulador grueso sobre un esparadrapo pegado a sus batas. Era verlas y olvidarlas: así juega la memoria desgastada.

No sabía tampoco distinguirlas de los médicos, al menos por el aspecto. Sí por el carácter de sus visitas: el/la médico aparecía siempre de forma breve, ejecutiva,

cargada de información. Las enfermeras, en cambio, me dedicaban más tiempo, me lo regalaban. Su tarea no era tanto dar con un tratamiento como aplicarlo y, especialmente, cuidar del paciente, atenderle, afirmarle. Algo así aportaban también los sanitarios (en mi caso se encargaban de lavarme, vestirme, levantarme cuando empecé a usar la silla...) y las benditas mujeres que varias veces al día pasaban a la habitación para limpiarla a fondo (eran las mejores para pedirles cosas que las enfermeras me negaban, no porque me las fueran a dar, sino porque les gustaba hacerse las cómplices).

Como no podía hablar, habían preparado un papel plastificado que contenía dibujos sencillos, como los emoticonos de un teléfono, con los que podía expresar (señalar) mi estado de ánimo. «Estoy enfadado», «Caca», «Tengo calor», «¿Qué me sucede?», «Me duele», etc. El que más me gustaba, y lo señalaba con saña, era el que indicaba «Tengo sed»: una cabeza amarilla que bebía de una botella. Cuando la enfermera notaba que mi dedo lo estaba señalando, y la impaciencia con que lo hacía, podían pasar dos cosas: que dijera «Tú no puedes beber», o que se apiadara y me pasara un poco de líquido, «aunque solo para que te enjuagues la boca». En el primer caso, me ponía pesado e insistía. En el segundo, pasaba directamente a señalar el siguiente dibujo, justo debajo del anterior, que indicaba «Tengo frío». Y no porque lo tuviera, sino porque siempre quería beber cosas heladas. A los pocos días todas las enfermeras lo sabían. En una ocasión logré incluso que me trajeran una lata de *Acuario*. Fue, sin duda, mi mayor triunfo.

A través de ese cartel pude por fin enterarme de lo que me había ocurrido. Esos dibujos me abrieron a la primera

información básica. Esta aumentó cuando, junto a la cartela, me pasaron un folio con las letras del abecedario. A partir de ahí empecé a construir palabras, y frases, y a hacer preguntas complejas. Cuando trataba de decir algo demasiado largo, la enfermera de turno solía perderse, y en la prisa por responder se inventaba una pregunta que no era la que yo intentaba plantear y me indignaba. Con los nudillos golpeaba el papel y empezaba mi interrogatorio de nuevo. Si seguía sin poder descifrarlo, la enfermera acababa por inventarse una tarea y se marchaba. Antes de dejarla salir de la habitación conseguía yo articular un ruido que la frenara un instante, y así le marcaba el emoticono de la cabeza bebiendo (o me ponía el dedo gordo de la mano en la boca como si fuera una botella) y ella aceptaba el mensaje, «¿Agua?», para muchas veces estropearlo enseguida, «¿Que tienes frío?». «¡No!, ¡agua fría!, ¡quiero agua fría!», me repetía yo en mis adentros.

Una de las cosas que menos me gustaba era que la gente tuviera prisa. Yo contaba con todo el día: tumbado en una cama, apenas moviendo poco más que el antebrazo, ¿para qué correr? La prisa podía traducirse, como acabo de señalar, en inventarse las preguntas de mi conversación para ahorrar tiempo, y no se daban cuenta de que eso lo único que conseguía era alargarlas. Otro modo de prisa era el «Ahora mismo» seguido de una salida de la habitación por parte de la enfermera para olvidarse de la demanda que le había hecho. O querer limpiarme los dientes cuando acababa de hacerlo una compañera poco antes. O entrar hablando demasiado y demasiado fuerte, como dando pisotones. La prisa deshace la magia por la que el enfermo se piensa alguien

excepcional que ha logrado casi sin esfuerzo que quieran cuidarle. Nos devuelve al mundo cainita. Roba la ternura.

El que identificara a las enfermeras no supuso, sobre todo al principio, el final de mis 'aportaciones' de irrealidad. Lo que más me inquietaban eran las voces, tanto por su persistencia (días y días) como por su consistencia (tenían, en mi desvarío, cierta lógica que las afianzaban).

Ya habían desaparecido del entorno las hermanas sicilianas y sus vestidos negros; ya no había más obispos a punto de casarse y camino de África. Y, sin embargo, el niño seguía viviendo allí. Pero descubrí que no era un niño. «Javier, hay ingresado contigo un señor que se llama Antonio, que era amigo de papá. Debe estar un poco ido, de ser muy mayor. A ver si le das recuerdos». Algo así me dijo mi hermano Gabriel. Y desde ese momento me hice a la idea de que la voz de niño que me llegaba constantemente a los oídos pertenecía en realidad al tal Antonio, que en la decadencia de su vejez andaba convencido de haber vuelto a ser un crío. Y su tono era chillón, y se presentaba a sí mismo como 'el niño gato' pues por algún motivo que ignoro le apasionaban esos animales y no le dejaban tener ninguno en aquellas instalaciones tan especializadas.

Cada noche 'el niño gato' discutía con otras dos personas, dos mujeres también mayores que por el motivo que fuera (caridad por parte de la Clínica, o negocio pues pagarían un buen dinero por vivir allí) se acomodaban en la UCI a cambio de echar una mano en la limpieza más básica: pasar el escobón mientras cantaban ruidosas canciones. A las dos parecía faltarles un hervor. Interiormente yo les llamaba 'las locas', y razón no me faltaba para hacerlo porque sus conversaciones, o el modo que tenían de

dirigirse a las enfermeras o los doctores, siempre tenía un mucho de superficial y estúpido. Como aquella vez que, con voz estridente y un volumen totalmente inadecuado, se dirigió una de ellas a la supervisora de la planta y le propuso, «¿Oye, qué tal si esta noche hacemos una fiesta en la que nos disfracemos de *putis*?». Francamente, yo no entendía nada.

Las locas se metían con 'el niño gato'. Unas veces discutiendo qué película ver esa noche, otras porque el viejo que era niño no callaba, otras porque ellas se ponían demasiado nerviosas y no podían dejar de decir impertinencias o de cantar de modo extremadamente ruidoso. «¿Por qué las habrían admitido?», me lamentaba.

Pero lo que más me indignaba no era aquello. Lo peor era mi hermana. Mi hermana Sofía. ¿Qué hacía todos los días en la entrada de la UCI dirigiendo una animada tertulia? ¿Y por qué no pasaba nunca a verme o me invitaba a compartir ese tiempo con ella y con sus amigas enfermeras? ¿Por qué se divertía con las locas y a mí no me hacía el menor caso? Una vez su conversación resultaba tan animada, tan divertida, que me cansé de esperar y decidí acercarme para agradecerle su buen humor. Pero no podía moverme: sencillamente mi cuerpo no respondía. Además, las barras laterales de la cama de hospital estaban todas levantadas: ¡encajonado! Y algo me tenía enganchado del cuello, de los brazos... Me esforcé muchísimo porque quería celebrarlas. Logré sacar un pie por el lado izquierdo de la cama. Entonces el brazo contrario se asomó por el lado derecho. Mi cuerpo quedó cruzado. Para ganar en movilidad me quité un tubo (el respirador) que no sabía qué hacía enganchado a otro tubo de plástico que salía de mi garganta (la traque-

otomía). Empezaron a sonar todo tipo de alarmas. Carreras por el pasillo. La conversación se hizo silencio. Me supongo la cara de sorpresa de las varias enfermeras que irrumpieron en la Habitación 1 de la UCI para encontrarme en esa situación («inquieto, nervioso», decía ese día el informe enviado a mis familiares) y su imposibilidad de entender mi enfado porque no me dejaran salir, porque me regañaron cuando todo lo que quería era unirme a la fiesta casi eterna que se celebraba a mis espaldas y a mis expensas.

El día que más me enfadé fue el 5 de abril. Yo sabía que abril era el mes de mi cumpleaños, y estaba dispuesto a celebrarlo aunque fuera en esas extrañas circunstancias. En efecto, cumplo el día 8. Pero no andaba yo bien de capacidad de cálculo, y venía desde el 3 exigiendo mi correspondiente celebración. El 5, a primera hora de la mañana (¿serían las siete?) creí entender que las locas volvían a esa zona con otras enfermeras, y que celebraban un desayuno especial en honor de mi aniversario. ¡Pero se habían olvidado de mí! No me lo podía creer. Decidí, cómo no, levantarme para decirles que allí estaba y que me invitaran a mi fiesta, que todo aquello era muy raro. Una vez más traté de levantarme, me desconecté el respirador, casi me caigo de la cama, entraron las enfermeras reales (no las locas imaginadas) alertadas por alarmas y golpes, y acabaron por meterme las manos en unas manoplas que se ataban al lateral de la cama para impedir que en mis inquietudes me hiciera daño o me arrancara (como de hecho ya había ocurrido) algunas de las vías de arterias o venas. ¡Pobres! ¡No se daban cuenta de que tras mi rostro de humilde aceptación del castigo se ocultaba un estratega que con uñas y dientes logró liber-

ar una de sus manos, con esta la otra, y con ellas trató de escapar de nuevo para exigir su celebración.

Debió ser una jornada larga para las encargadas de cuidarme. Pero se ve que también me hice entender, pues una de ellas colgó un cartel en la pared de mi cuarto con un mensaje transparente escrito con letras bien grandes: «Feliz día de tu no-cumpleaños». La broma quedó allí expuesta hasta que el 8 me llevaron desde casa unas fotos de los que viven conmigo, imágenes que me acompañaron en mi verdadero aniversario.

La noche anterior, la del 7, me encontraba cargado de sueño. Sin embargo mi enfermera (¿era Begoña?) hacía todo de forma muy lenta y tardaba y tardaba en traer mis medicinas. Mis bostezos ostentosos no la aceleraron. Dieron las doce. En ese momento se me llenó la habitación con todas las personas del turno de noche. Cantaban el «¡Cumpleaños feliz!». Llevaban unos folios, cada uno con una letra de trazo grueso y grande, en los que habían escrito con los rotuladores de la zona de secretaría: «Feliz cumple». Algunas habían hinchado guantes de goma blancos como si fueran globos, de modo que donde iban los dedos parecían las ubres de vacas a la espera del ordeño. Me hicieron sonreír. Igual que ese mismo mediodía cuando con la comida llegó un pedazo de tarta con una vela, si bien todavía no podía comerla y acabó olvidando en el alféizar de la ventana.

-¡Qué cumpleaños más especial estás teniendo! -me dijo alguna.

Pensé que sí y que, desde luego, no se contaba entre los malos.

Esos días de entresueños (pues no eran otra cosa, lógicamente, 'el niño gato', las dos locas, mi propia hermana) fui descubriendo cómo funcionar en la UCI. Para usar los carteles de dibujos con que me comunicaba era necesario que hubiera en la habitación una enfermera. Yo no podía saber que la joven Clínica Universidad de Navarra de Madrid se encontraba en ese momento ante el mayor reto de su breve historia. Por hacerse una idea, todo el edificio se estaba dedicando al Covid19, las habitaciones de planta habían dejado de ser individuales para convertirse en dobles -y alguna en triple-. La UCI había ganado espacios en otras partes de ese hospital (las urgencias, la zona del acelerador de protones, la UCI de los recién nacidos) y en muy pocos días pasó de tener quince profesionales a noventa.

Yo no lo sabía, y tampoco me importaba, de modo que si veía que tardaban en responder a la llamada de mi timbre o, sencillamente, no encontraba yo ese aparato para avisarlas, me decidía entre dos soluciones. La primera, como ya he contado, era inmediata: sacarme del cuello el respirador externo, con lo que saltaban todas las alarmas, aún a riesgo de enfadarlas. La segunda, golpear con la mano derecha el protector derecho de la cama, produciendo así un repiqueteo sordo, como quien llama a una puerta o toca tambores, con el que trataba de que me hicieran caso. Si tardaban, golpeaba más fuerte. Ahora me pregunto qué significaría 'fuerte' en realidad, dado el lamentable estado en que se encontraba entonces mi cuerpo después de más de veinte días yacente. Eso sí, estoy seguro de que pasé muchas horas golpeando con un soniquete similar a lo que Kadaré llamó «Los tambores de la lluvia».

En ocasiones la realidad parecía peor que la imaginación. Tenía el pelo largo, sudaba mucho. Me contaron que me lavaban la cabeza con frecuencia a menudo más que diaria y que eso les daba pena. Un día, el 6 o 7 de abril, entraron dos o tres enfermeras y me preguntaron si me parecía que me cortaran el pelo. Yo, que no podía hablar, me limité a mirarlas fijamente y no respondí nada. Al poco comencé a escuchar el ruido del motor de una rasuradora y noté cómo esa máquina pasaba por mi cuero cabelludo.

-Te quedan aquí unos mechones -le dijo, al cabo de pocos minutos, una a la que dirigía la operación.

Me habían dejado al cero, respetando la sucia barba de tres semanas. Ofrecía un aspecto realmente distinto con aquella mezcla de calvicie y delgadez. Todavía no me había dado cuenta de las heridas que tenía en la nuca por los días que había permanecido inmóvil sobre la almohada. No creo que, de haber tenido palabra, hubiera aceptado ese trance.

Recuerdo contemplar mis manos. Todo ese tiempo sedado había impedido que me mordiera las uñas (que me las perfilara...), una manía que no he logrado quitarme de encima. Eso hizo que estuvieran largas por primera vez en mi vida, con las puntas blancas y el resto entre rosado y amarillo sobre unas manos tremendamente delgadas. Si hacía el gesto de pinza me recordaban a unas garras, a las manos de una bruja que regala manzanas rellenas de veneno. No lograba expresar el malestar que me producía verlas, y nadie me las cortaba. Lo intentaba con mis dientes, pero no tenía fuerza. Durante muchos días contemplé mis manos y mis dedos

como si fueran cuerpos extraños que compartían conmigo el lecho.

En otra ocasión se presentó un cirujano afamado, que venía de la Clínica en Pamplona. No sé si fue quien me puso la vía del cuello hasta la vena cava. O si tuvo que ver con una mejora en la traqueotomía. Sí que me intervino en mi misma cama y que me resultó tremendamente desagradable la sensación de que alguien manipulaba en torno a mi cuello con expresiones como «Creo que te voy a hacer daño, aunque como eres de Bilbao te pondré anestesia», o «¡Lo que me gusta hacer cosas útiles!», mientras yo quería escapar de su presa.

Tampoco me gustaba la desagradable sensación del alimento pasando directamente de mi nariz a mi estómago: esa sonda era especialmente molesta, como un palo que surgiera de mi rostro dificultándome la respiración. Y menos todavía cuando una enfermera venía a hacer la cura de la traqueo: gasas bañadas en suero y en una solución de color rosa, luego un papel que parecía un pequeño babero y que en el lado que tocaba la herida estaba recubierto con plata porque parece ser una buena solución contra las bacterias. Todo quedaba atado por unas gasas que cruzaban por delante y por detrás de mi cuello, aunque a veces me diera la sensación de que las metían de través: manos extrañas afanándose en un lugar que yo no podía ver. En cuanto recuperé la capacidad de hablar pedía que me explicaran cada cosa que fueran a hacerme, paso a paso. Eso elimina la desorientación y mantiene la confianza. Al enfermo le hace daño sentirse reducido a la vida 1: no es un cuerpo que necesita ser curado, es alguien que busca sentido.

La última experiencia traumática de la realidad es 'la llamada natural' del vientre unida a la prohibición de usar el cuarto de baño («No es seguro que te levantes, no tienes fuerzas») y su sustitución por la *cuña* o *bacinilla*: ¿Cómo es posible que un hospital que estrena un acelerador de protones, capaz de acertar directamente en el núcleo de una célula cancerosa en medio del cerebro, utilice métodos del XVI para tarea tan sencilla como frecuente? Esa es una de las grandes preguntas que me dejó la UCI. Trataban de dejarme tranquilo cuando tenía que hacer uso de ese recipiente para vaciar el intestino y me pedían que les llamara al terminar. En una ocasión, por excesivamente hacendosas (estarían ya cuidando de otro de los muchos enfermos) tardaron en venir, dejándome así en la tesitura de tener que elegir entre mantenerme en una postura incómoda hasta lo inaguantable o manchar la cama. Solo el último día de estancia allí logré saltarme a las temerosas enfermeras y convencer al sanitario de mi capacidad de sentarme y reinar desde 'tronos' de cerámica. Todo es uno: ese sencillo gesto y la conciencia de haber recuperado del todo una dignidad que parecía en entredicho.

9. El despertar

El día de mi cumpleaños, el 8 de abril, me liberé por fin de mis prisiones imaginarias. De golpe me vino a la cabeza un sencillo hecho: que yo mismo me había dirigido libremente a las Urgencias de la Clínica para que me ingresaran. No recordaba el motivo, pero sí el origen de mi estancia en esa cama. Eso fue el verdadero despertar porque en ese mismo momento me di cuenta del sentido de lo que me pasaba, y de que era yo quien había querido estar allí, que no se debía a una falta o a un castigo o a razones todavía más misteriosas. Aunque todavía seguía atado a tubos y sondas, a partir de ese momento mi actitud cambió: aunque llegué a preguntar por ellas y a mitad de pregunta me di cuenta de lo absurdo de la misma, desaparecieron las locas. Ya solo veía enfermeras. Y comprendía sus acciones, y empecé a colaborar con ellas.

Las mejoras se sucedieron con rapidez. Me retiraron la sonda nasogástrica y comencé a comer purés y complementos de proteínas. Me cambiaron la cánula de la traqueotomía, lo que me permitió empezar a hablar. La sustituían por otra si tenía que comer: durante varios días comer y hablar fueron actividades incompatibles. Me quitaron también la vía de la yugular a la vena cava, la misma por la que hasta el día anterior pasaban todos los días varios antibióticos. Noté su camino de salida desde el centro del interior de mi pecho hasta el lado derecho

del cuello: ¡me pareció algo fascinante! ¿Quién fue el primero que aprendió algo tan concreto? Acepté pasar varias horas al día en una silla especial que había en mi habitación. Eso forzaría el trabajo de los músculos de mi espalda. Tenía que esperar a Sebas, un sanitario uruguayo, pues si él no me levantaba yo era incapaz de dar un solo paso. Se me doblaban solas las rodillas, no tenía centro de equilibrio, parecía un monigote... Comenzaba así a recorrer el camino de la rehabilitación. Al poder hablar, me dirigía en directo a las enfermeras, sin *emojis* ni letras impresas, preguntando, interesándome, conociendo. Ya solo temía las noches, que se me hacían eternas como a los niños los viajes.

-¿Qué hora es? -preguntaba a quien acudiera a mi llamada.

-La una y media de la madrugada -respondía.

Y yo ya no sabía qué hacer para que pasaran las horas.

El 8 vino a verme Carmen Molina, mi enfermera de oncología. Por supuesto que las medidas de seguridad habían reducido lo que se veía de ella a unos ojos tapados por gafas y por la lámina de plástico. Pero esos ojos sonrientes, sus marcadas pestañas y el tono lleno de cariño de su voz andaluza me hicieron darme cuenta de que era ella. Más tarde me confesó que bajaba con miedo de lo que pudiera encontrar, y que verme (y verme sonreír, y verme llorar de la emoción de estar con ella) le ayudó mucho.

-¿Qué tal está Lucía? ¿Qué tal tu familia en Jaén? - fueron mis dos primeras preguntas (por entonces imaginaba que casi todo el mundo había muerto: el Papa, mu-

chos líderes políticos, personas que para mí servían de referencia...).

Apenas hablamos, pero me agarró la mano y la sostuvo un buen rato entre las suyas. Eso era más que suficiente.

Algún día más tarde la que vino fue Sofía. La había conocido en Bilbao casi veinte años antes, cuando ella apenas tenía ocho. Ahora, a los 27, estaba contratada en la Clínica como enfermera de planta.

-Javier, soy Sofía. -Iba toda de verde, idéntica a los demás. -¡Tenía tantas ganas de venir a verte! En cuanto subas a planta me voy a encargar de cuidarte, ¡no te voy a dejar solo ni un momento!.

Y me tomó también las manos, apretándolas fuerte, queriéndome en cada gesto, dejándome decirle lo guapa que era, dejándome disfrutar de aquel encuentro.

También pasó por ahí Rafaela, Rafus, mi última visita. Como a Sofía, la conocía de mis tiempos de Bilbao, cuando ella era una adolescente, y nos queremos mucho. Rafus sí que apostó fuerte por colarse en la fortaleza de la UCI: había venido de voluntaria a echar una mano a la vez que se esforzaba por terminar su cuarto y último año de carrera. Me enteré de que estaba en Madrid a través de su madre, quien el día de mi cumpleaños tuvo el detalle de colgar en su balcón en Getxo unos carteles felicitándome. Ella avisó a su hija. «Javier está ingresado en la UCI de CUN». A Rafus le faltó tiempo -cumplidas con creces todas las normas de seguridad frente a la infección- para aparecer junto a mi cama, tomar mi mano (¡ah, eso es lo más importante para un enfermo: ser acogido, ser tenido, ser querido!), decirme con su voz de *mezzo*, «Javi, ¡soy

Rafus!», y sobrecogerme con su presencia y la maravillosa posibilidad de estar otra vez juntos.

Y empezó a venir todos los días el médico encargado entonces de la UCI, un anestesista centrado durante esas semanas en cuidados intensivos, hermano de un compañero mío de clase, con un nivel de profesionalidad, afecto y comprensión que me dejaba asombrado. José Álvarez Avello dedicaba el tiempo que fuera necesario a contarme cómo me encontraba, lo que sabían del coronavirus, la cantidad de antibióticos que estaban empleando para solucionar los últimos picos de fiebre, por qué resultaba tan difícil la retirada de la sonda de orina, cómo él y su familia habían pasado la enfermedad con síntomas leves, cómo su padre había fallecido por otro tipo de dolencia el 12 de marzo, el mismo día de mi ingreso. Al ver que yo no lograba dormir, me proporcionó las medicinas necesarias para conseguirlo; al certificar que necesitaría sondarme de nuevo, optó por sedarme para que no pasara consciente ese incómodo trance. Y me llamaba durante los fines de semana, y subía a planta cuando salí de la UCI para entretenerme e interesarse, deslumbrándome con su saber hacer, con su dedicación, con su entrega.

Pero entre todas las personas que me trataron tan bien a lo largo de esos días -Loreto, Maite, Belén, María, Raquel, Mireia, tantas otras de las que no recuerdo el nombre- destaco sobre todo al binomio Begoña/Bibi. La primera me fue contando su trayectoria: de enfermera a profesora de la Facultad de Enfermería en la Universidad de Navarra, con intereses por la fenomenología y los cuidados paliativos, llevaba ocho años lejos de la práctica sanitaria dedicada a la vida académica, y había venido a

Madrid como voluntaria en el momento de mayor urgencia por el Covid 19. Bibi, como Rafaela, era una alumna de 4º que se alistó para ayudar y le había tocado UCI. Entraba siempre Begoña por delante. A la vez que me saludaba y decía «Hoy voy a ser tu enfermera, y si quieres vamos a trabajar mucho», descubría en un golpe de vista todo lo que había quedado desordenado durante el turno anterior. Y mientras con voz serena me iba contando cosas, sus manos incansables retiraban, movían, corregían, tiraban...

Un día Begoña decidió que dedicaría todo su tiempo a estar conmigo. Me propuso unas series de ejercicios de respiración «para empezar a recuperar tus pulmones, lo más dañado». Luego me dio un masaje en los pies para relajar las heridas de tantos días de cama, me contó lo bien que me iba a poner, se interesó por los puntos que habían dejado en mi costado por el tubo del neumotórax, me hablaba de su investigación, de su tesis, de las clases tan difíciles que daba a las alumnas de primero (*Fisiopatología*) y las apasionantes sesiones de la optativa de cuarto sobre cuidados paliativos y la muerte.

Detrás de Begoña entraba Bibi. Muy atenta, con su fuerte acento navarro, trataba de seguir el ritmo de su profesora, pero le resultaba imposible: la bisoñez de Bibi (dicho con todo cariño, pues es lo que toca cuando se empieza) quedaba siempre detrás de la mano certera de Begoña, y muchas de las sugerencias e indicaciones de esta se le perdían a la joven a pesar de su afán por hacer y su no parar quieta. A mí me daba la risa (silenciosa, entre el aparataje del oxígeno y el respirador) al ver cómo se complementaban, y animé a Bibi a seguir muy de cerca a Begoña:

-Vas a aprender con ella lo que no está escrito. Fíjate en todo e imita.

Y es que en buena medida me recordaba a mí mismo yendo a la rueda de mis maestros (Ricardo Yepes, Antonio Ruiz Retegui, Stephen Brock, Alejandro Llano), aprendiendo de ellos incluso cuando no pretendían enseñarme nada, o quizás precisamente por eso.

El doctor Álvarez Avello me anunció que el lunes 13 de abril subiría a planta. ¡Qué gran noticia! No sentí en ningún momento nada parecido al *síndrome de Estocolmo*: quería abandonar esa habitación con vistas a un patio interior, siempre iluminada por los tubos de neón del pasillo y los monitores de la cabecera del lecho, en la que los ruidos de máquinas y los pitidos de alarmas eran constantes. Quería llegar a un estatus en el que la salida del hospital pareciera más cercana.

En esos momentos apenas era capaz de hablar, seguía con oxígeno-terapia, la saturación de oxígeno en sangre difícilmente llegaba al 94%, no lograba andar aunque casi podía sostenerme en pie o al menos erguirme en brazos del sanitario, y las dos ocasiones que había tratado de hacer ejercicio habían terminado en un completo desastre, con crisis respiratorias y unos ataques de sudoración que obligaban a cambiarme el camisón y las sábanas. Una vez fue pedaleando. La otra me bastó con tratar de levantar mis rodillas y tobillos para 'hacer músculo'. Excesos frente a mis mermadas capacidades.

Ya no tenía traqueo, ni cánulas para poder o comer o hablar. Las habían retirado dejando en su lugar una cicatriz enorme, todavía sin cerrar, por la que escapaba la mitad del aire que exhalaba y de la que salía un inquietante

silbido cada vez que intentaba decir una palabra. Comía purés en los que habían mezclado en cocina primer y segundo plato. Bebía con libertad y liberalidad, atragantándome casi a cada trago. No lograba dormir. No funcionaba el mando de la tele. En mi cuerpo seguían entrando medicinas. Pero me marchaba, me acercaba un paso más al mundo, a ese mundo que yo no sabía que andaba paralizado, confinado, con millares de muertos, de muertos que habían muerto solos, de cuerpos que fueron llevados a cementerios equivocados, de crematorios que repartían cenizas de cualquiera a cualquiera, de hijos e hijas que no pudieron despedirse de sus padres, de nietos que ya no tenían abuelos.

El lunes los planes cambiaron. «A veces son los nervios, que juegan estas malas pasadas», me dijo el médico. Y es que volvía la fiebre, me iban a poner un antibiótico nuevo, había vuelto a bajar el oxígeno en sangre. «Javier, dame veinticuatro horas, espera a mañana, y te aseguro que sales de aquí». Le dije que no se preocupara: me tumbé tranquilo, escuché las máquinas, vi pasar enfermeras que me daban medicinas y ánimos, cayó el sol tras un horizonte que yo no veía, pasó la noche, llegó la mañana, y envuelto en el aplauso de los profesionales de esa UCI que me había salvado la vida, fui trasladado en la misma cama que me acogía desde hacía treinta y cinco días hacia las habitaciones de la segunda planta. «¡Saluda al pasar, Javier, que quiero grabar tu salida!», me dijo uno de los médicos. Así quedó inmortalizado, y ese momento se compartió en las redes muchas veces durante algunos días.

Algunos pensaban que la hazaña lograda por el equipo de médicos, enfermeras y personal sanitario tenía

algo que ver con mi esfuerzo. Pero nunca fue así: yo era el paciente, el pasivo, al que le sucedían las cosas. Ellos fueron la acción, los que tomaron decisiones, los que a veces tuvieron que rectificarlas, quienes pudieron tirar la toalla, quienes apostaron por no hacerlo. Yo salía de muchos días de sueño y ensueño, de mi *nadir*. Ellos se quedaban en sus turnos de doce horas retando a una pandemia que apenas comenzaban a conocer, aplicando terapias que habían aprendido conmigo (a través de mí), desazonados si perdían a un paciente, alegres cuando rescataban a otro, y a otro, y a otro, cansados cuando volvían a casa, cansados cuando se reincorporaban otra vez al trabajo.

10. Epílogo

A la UCI le siguieron apenas nueve días en planta. Compartí la primera noche con un anciano. La segunda me trasladaron a una habitación en la que pasaba sus dos últimos días de ingreso un amigo mío. Pudimos charlar a gusto. Al compararme con él, fui mucho más consciente de mi debilidad. Desde el primer día vino a verme Rafa, el fisioterapeuta. Comenzamos con ejercicios respiratorios y me animó a ejercitar los pasos necesarios para que yo mismo me levantara de la cama o de una silla. Tardó tres días en dejarme caminar. Con andador. A los doce metros mi corazón andaba ya en las ciento treinta pulsaciones. ¿Iba a ser una rehabilitación tan larga?

El cuarto día convencí a mi sanitario de que había llegado el momento de darse la primera ducha: lo hice sentado en una silla bajo su ojo vigilante. Tres días después comencé a ducharme solo, en pie, en frágil equilibrio: un cuerpo delgado y roto afanándose por ejecutar los ejercicios más básicos.

El mismo día de mi subida a planta Carmen Molina, mi enfermera, se pasó a verme. En adelante lo convirtió en costumbre. Carmen me facilitó todo lo que le pedí: corta uñas, rosario, desodorante..., incluso me regaló unos caramelos. Me acompañaba cuando comía. Me miraba. Me hacía sonreír.

El miércoles llamamos a Lucía, mi oncóloga. Llevaba desde el inicio de la crisis confinada en su casa porque la Clínica quería asegurar que al menos uno de sus médicos expertos en cáncer no se contagiara con la nueva enfermedad. Hablamos a través de video. Me miraba con una ilusión inmensa, los ojos llenos de amor.

-Lucía -le dije al rato-, no he sufrido nada.

(Era verdad, porque había estado dormido, porque todo eso me había llevado a alcanzar el perdón). Y esa frase nos emocionó a los tres (Carmen se encontraba a mi lado), especialmente a una Lucía que durante esas duras semanas tuvo constantemente en su cabeza a 'su' paciente y al miedo de perderle, y los tres rompimos a llorar «con un alma en común», pero no de tristeza, sino de infinito alivio.

-Pero no te creas por esto, Javier, que vas a tomar tú los mandos -bromeó mi médico, mi amiga-. ¡Seré yo quien decida lo que vas a hacer y la que no te deje marcharte de viaje! ¿Está claro?

No podía evitar mirarla totalmente entregado, contento de que lo que comenzó como una relación formal, profesional y aparentemente aséptica se hubiera transformado en intercambios de intimidad, confianza, comprensión y cariño.

Sofía y Rafus se acercaban cada vez que les tocaba turno. Lo mismo que Carmen Alfaro, una chica navarra que tiene dos hermanos amigos míos. Les gustaba (¡me encantaba!) pasar largos ratos en mi habitación: aprovechando el final de sus turnos de trabajo, la pausa de media mañana, el que tuvieran que medir constantes o ponerme algún medicamento. De tanto hablar me

hicieron retomar el interés por la vida, por las cosas menudas, las preocupaciones pequeñas, la verdad. Hicieron que esos días fueran muy felices: sin locas, marineros, enfermeras sicilianas ni niños gato; con proyectos profesionales, asuntos de amores, cuitas familiares, ilusiones. Hicieron que esos días fueran muy felices no solo porque me iban dirigiendo de la mañana a la noche hacia mi salida, sino porque en sí mismas esas jornadas se llenaron de sentido pues nos gustaba {como decía el viejo Aristóteles) la posibilidad de «comer juntos mucha sal», es decir, de compartir nuestro tiempo y nuestras vidas. Carmen Molina, Sofía Fuente, Rafaela Amann, Carmen Alfaro: profesionales de una profesión que nunca se cubrirá con un sueldo.

Así, el viernes 24 de abril, tras cuarenta y cinco días ingresado, recibí el alta.

Me acercó un sanitario en silla de ruedas hasta el coche. Estaba muy débil. Antes había hecho que las enfermeras removieran Roma con Santiago buscando mi alianza, pues no la encontraba: llamadas a Urgencias, a UCI..., hasta que apareció en el suelo de mi habitación en planta. Todas se involucraron, se preocuparon por esa pequeñez.

Enrique me condujo a casa. Oscar, el portero de la finca, nos tenía reservada una plaza de aparcamiento frente a la puerta. Pude llegar andando hasta el ascensor, hasta mi habitación, hasta la ducha. Después me tumbé un buen rato. Me faltaba el resuello. Miraba al techo, a la estantería con mis libros y mis figuras de personajes de Tintín. Estaba en casa. Me faltaba todavía esforzarme por arreglar el Mundo, o al menos mi mundo, mi diminuta parcela. Sabía que fracasaría en muchos de mis empeños.

Javier Aranguren

Que tendría que rectificar, que me seguiría equivocando. También que otras cosas saldrían mejor. Estaba en casa. Y mis amigos, mis amigas, mi familia, mis seres queridos, me acogían.

«Estoy en donde debo estar», dice Isak Dinesen al comienzo de sus «Memorias de África». En casa. En mis amigos, en mi trabajo, en la lucha contra mi tumor, en mis alumnos, en mi familia..., ¡en mi *nadir*!

6 de mayo de 2020

11. Coda filosófico-teológica (de no obligada lectura)

-¿Qué has aprendido de todo esto?

Es la pregunta con la que Teresa cerraba una reunión que tuve por *Zoom* con un grupo de antiguos alumnos del programa *Young Civic Leaders* de la *Fundación Tatiana Pérez de Guzmán el Bueno*. Se trata de un curso dirigido a jóvenes profesionales (hasta treinta años) que tienen inquietudes de carácter social y que quieren aprovechar su trabajo para mejorar el mundo. En ese programa he impartido el módulo de *Antropología*, aunque en 2020 me excusé a causa del cáncer.

-Me haces una pregunta difícil. ¿Qué he aprendido?... Quizás a desear no ser un *canalla*, no ser tan mala gente como creo que soy, que somos casi todos, de forma habitual. Y lo soy, lo somos, no por una especial maldad. Creo que eso es lo que nos salva: los hombres podemos (¡tenemos que!) ser perdonados porque casi siempre estamos dormidos, o a medio dormir, y nos arrastran los miedos, los prejuicios y las apariencias. Hacemos las cosas mal más por esas razones que por desalmados. No tenemos la maldad de los demonios, con su inteligencia transparente que lo decide todo de un golpe. Aprendemos, reulamos, avanzamos, retrocedemos.

»Por eso, en nuestras relaciones, nos damos cuenta de que se mete el egoísmo, el afán de controlar, los celos...,

pero no nos damos cuenta del todo. Así, con frecuencia, estamos ya en mitad de la crisis o del mal querer cuando lo percibimos. Y nos cuesta corregirlo en parte porque no podemos explicar cómo hemos llegado hasta allí. Nos es muy difícil vivir una 'existencia despierta' (la expresión es de Spaemann). Más bien nos encontramos al fondo de la caverna, como ya contó Platón en la mejor metáfora que se ha dado en la historia del pensamiento sobre la condición humana. Miramos sombras, vivimos en la apariencia, nos conformamos con las variaciones de la opinión y no sabemos abrir los ojos al ser de las cosas ni al ser de los otros. Ni siquiera el de quienes decimos amar: ¡eso nos supone tanto esfuerzo!

»Y, sin embargo, me llevo de esta experiencia también la idea de que la debilidad de la condición humana no debería conducirnos al desánimo, porque estamos hechos de tal manera que esa desviación, esa 'falla natural' de la que habla David Foster Wallace en *Esto es agua*, se puede corregir. Sin embargo, es preciso darse cuenta de algo muy importante: la corrección no llega únicamente por el propio esfuerzo sino, sobre todo, gracias a la ayuda del *otro*. Es el *otro* el que nos puede abrir los ojos. En soledad la persona se condena a permanecer ciega.

»Tengo un amigo (Rafa Álvarez Avello, el hermano de mi médico en la UCI) que en uno de sus libros (*Quien sostiene el cielo*) explica cómo descubrió la ternura de Dios gracias al nacimiento de sus tres hijos. Hasta entonces había vivido la religión como una lista de deberes y pecados, más bien agobiantes, que le habían caído como un peso sobre sus espaldas. Al sostener en sus brazos a su primogénito descubrió el significado del *amor incondicional* y cayó en la cuenta de que lo que él exper-

imentaba como padre con esa criatura tenía que ser precisamente lo que experimentaría Dios, que es padre, con él. En el encuentro con el *otro* (su hijo) pudo descubrir la verdad sobre *sí mismo* (él era el objeto de un amor sin barreras).

»Esto me invita a que nos elevemos un poco. Escribí mi tesis doctoral sobre la virtud de la fortaleza en Santo Tomás de Aquino. Este santo pensador da con la clave del asunto. Sigue a Aristóteles cuando compara el cuerpo humano con el del resto de los animales. Desde el punto de vista biológico parecemos poco dotados porque no tenemos ni garras, ni pezuñas: somos torpes cazando y huyendo. Sin embargo, tenemos manos, y las manos son «el instrumento de instrumentos». Es decir, gracias a la mano podemos tener, asir, herramientas tan variadas como la escopeta o el volante de un coche. Y así somos los mejores cazadores y los más veloces animales del Orbe.

»El pensador dominico lleva esta idea mucho más lejos. También parecemos el animal más infeliz, pues buscamos un nivel de felicidad tan alto que no parece posible alcanzarlo en esta vida. Y, sin embargo, somos libres, y gracias a eso podemos amar, podemos hacer amigos. El ser humano, dice Santo Tomás, tiene la capacidad de hacerse amigo de Dios. Y ocurre que (cita de nuevo a Aristóteles) «lo que hacemos por medio de los amigos en cierta manera lo hacemos por nosotros mismos» (las alegrías y las penas del amigo son la nuestras...). De modo que nos basta con hacernos amigos de Dios, que sí puede alcanzar la felicidad perfecta (de hecho, *la es*), para de ese modo ser felices también nosotros. Si alguien

busca aprender a amar, ¿qué mejor que unirse en amistad con Dios que «es amor» (*I Juan 4, 7*)?

»Mi experiencia va en esta misma línea. No es sencilla la 'existencia despierta'. Más bien vivimos habitualmente en la centralidad instintiva. Pero podemos amar, y podemos pedir a Dios que nos dé la gracia de saber mirar con sus ojos, que son los ojos cargados de ternura de Jesús, «el buen pastor que da la vida por sus ovejas». Ese es el objetivo de la vida cristiana. Mejor dicho, ese es sin duda el objetivo de la vida en general: abrir los ojos, afirmar, dejar ser, quedar deslumbrado y fomentar el ser del otro, siempre un objeto que es sujeto de valor incondicional, que es –estrictamente hablando– la única *novedad* del universo, la paradójica multiplicidad (la humanidad) de seres únicos (cada persona) (H. Arendt).

11 de mayo de 2020

ACERCA DEL AUTOR



Javier Aranguren nació en Madrid, en 1969. Estudió Filosofía en la Universidad de Navarra. Es Doctor en Filosofía por las universidades de la Santa Croce (Roma) y Navarra. Ha sido profesor universitario y de bachillerato. En 2015 se fue a vivir a Nairobi (Kenia) donde trabajó 18 meses dando clases de su especialidad en Strathmore University. Allí comenzó a llevar al colegio a los niños mendigos que pedían dinero o comida en su calle. Para eso fundó Karibu Sana (www.proyektokaribusana.org), una iniciativa por la que se escolarizan chicos y chicas sin recursos y se rescata a niños que viven en la calle por un proceso de rehabilitación, educación y reinserción en la sociedad. Actualmente atienden a más de 300 estudiantes kenianos entre 3 y 18 años gracias a la generosidad de donantes, sobre todo de España. En 2017, tras treinta años viviendo fuera, Javier volvió a Madrid. Trabaja en la Universidad Francisco de Vitoria desarrollando tareas de formación de profesores y centra su investigación en la idea de universidad. Sigue también con sus clases de Antropología o Ética. En diciembre de 2019, a los 50 años, en un control preventivo le descubrieron un tumor en el colon. Al terminar su 6ª quimioterapia, sin apenas defensas en su cuerpo, se contagió de Covid-19. El siguiente relato cuenta, en primera persona, su experiencia ante esa enfermedad, que le supo golpear con toda su virulencia.